TEMAS SEXUALES

# invertidos célebres



A. MARTIN DE LUCENAY

1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

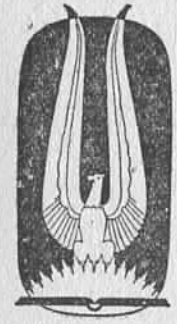
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

33

A. MARTIN DE LUCENAY

# INVERTIDOS CELEBRES

Los Emperadores romanos.—Los grandes artistas del Renacimiento.—El caso de Oscar Wilde.—El dramático amor de los homosexuales.—La extraña pasión de la escritora Mme. X. La homosexualidad en la literatura



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO, 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
OCTUBRE 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

# PROLOGO DEL TEMA

*En este volumen no vamos a realizar el estudio clínico de la inversión sexual de tantos personajes ilustres como han sido señalados por la Humanidad con desprecio o con compasión por sus tendencias o costumbres completamente homosexuales, hasta el extremo de que muchos pagaron con la libertad o la vida sus devociones y afectos por individuos del mismo sexo.*

*Tratándose de escritores, de pintores, escultores, artistas de teatro e incluso gobernantes, en resumen, de personas de algún relieve social, no cabe duda que en sus obras o en sus actos se descubre con facilidad la tendencia siempre que el investigador se proponga analizar con verdadera atención esos detalles que parecen no decir nada, y que, sin embargo, encierran la clave de todo el misterio sexual de su autor. Oscar Wilde, en su "Retrato de Dorian Gray"; Miguel-Angel, en muchas de sus obras maestras; Muret, en sus trabajos humanistas, y el imitador de «estrellas» español F. de T., en sus remedos de las* vedettes *y actrices de fama, y, en resumen, infinitos hombres que el público admira y conoce, muestran en sus producciones, en su arte y en sus gestos la esencia más o menos grosera de su homosexualidad.*

*Y en la mujer ocurre otro tanto: la poetisa india Jhuns reveló su verdadera personalidad sexual cuando dijo que no había placeres mejores que los que pueden procurarse dos mujeres solas; madame de Maupin, cuyo es el título de una célebre novela de Gautier, siendo su verdadero nombre madame D'Aubigny, fué una famosa actriz de magnífica voz de contralto que gustaba hacer papeles masculinos en las óperas... Y así, pudiéramos afirmar la existencia de la inversión por estos simples detalles externos de la actividad de muchas personas.*

*No obstante, el hecho de que un escritor, hombre o mujer, se ocupe en sus obras de la homosexualidad, no quiere decir que sea un invertido. Alguna parte de público poco sagaz ha pretendido cargar el sambenito de la homosexualidad a individuos perfectamente normales, por el hecho de comprender las razones que justifican la inversión y pedir de la educación ciudadana un poco de piedad y de cultura para ofrecérselas a esos incomprendidos.*

*Un hecho demostrado desde hace mucho tiempo es que la homosexualidad, en sus formas sentimentales, es más frecuente entre los hombres de talento que en los que no fueron dotados por la Naturaleza con tan hermosa cualidad intelectual. Mantegazza dice en una de sus obras que en el reducido círculo de sus amistades existían varios invertidos sexuales, todos ellos personas de gusto exquisito y de pensamiento cultísimo. Krafft-Ebing afirma que recibió numerosas comunicaciones suscritas por homosexuales, casi todos personas de elevada posición intelectual y social. El Dante, en «El Infierno», reconoce que los literatos y hombres de gran fama son casi siempre homosexuales.*

*Existe en la opinión vulgar una creencia bastante errónea acerca de las manifestaciones sexuales de estos invertidos, de los que se piensa que realizan los mismos actos que tienen lugar en el comercio sexual normal, salvo las diferencias lógicas que desde el punto de vista anatómico existen entre el sexo masculino y el femenino. Y no es así. En casos infinitos, como dijimos al hablar de la homosexualidad en términos generales, no existe entre estos hombres el menor contacto físico, a excepción de los besos y caricias, que no llevan consigo el menor elemento sexual. En la «normalidad» de la homosexualidad—si es posible admitir tal frase—, los invertidos masculinos espiritualizan sus relaciones hasta lo inconcebible; la verdadera «anormalidad», síntoma evidente de degeneración, consiste en la práctica de esas caricias vergonzosas y repugnantes que no obedecen a ninguna razón biológica ni sentimental; en estos casos, la perversión suele ir asociada con la inversión, si bien muchas veces es más bien adquirida que congénita, aunque no debe olvidarse el principio fundamental de bisexualidad de que ya hemos hablado en el volumen referido.*

*Ellis dice que en su opinión, principalmente por falta de datos precisos, no se ha percibido que en las eminencias religiosas y morales y en otras personas de instintos éticos poderosos existe una tendencia hacia formas más elevadas del sentimiento homosexual. "Esta tendencia —dice—puede discernirse no solamente en los grandes moralizadores de la antigüedad, sino en contemporáneos nuestros de ambos sexos. La causa es evidente. Así como en personas perfectamente normales el amor reprimido ha originado la causa motora de una amplia actividad filantrópica, del mismo modo la contemplación del propio sexo, bañado en esplendor sexual, comunica a la labor humanitaria de ciertas personas un ardor enteramente desconocido a los demás; para ellos moralidad y amor se han fundido en un solo sentimiento. Quien haya estudiado con cariño la historia de los grandes moralistas habrá notado frecuentemente la existencia de este sentimiento más o menos sublimado y libre de toda manifestación física impropia».*



*En efecto, si repasamos la vida de muchísimas celebridades del Renacimiento e incluso de la época actual, la indiferencia hacia la mujer, el desprecio de la vida conyugal e incluso de la existencia familiar, etc., son otras tantas muestras de la inversión sexual desarrollada a medida que el progreso de la cultura se hace más firme en el individuo. Especialmente en la época del Renacimiento, caracterizada por una firme independencia intelectual promovida por las influencias del clasicismo, se advierte la existencia de ciertos impulsos anormales en individuos que de haber vivido en otro ambiente es fácil que hubiesen pasado desapercibidos, e ignoradas, por tanto, sus inclinaciones.*

*A medida que la ciencia ha logrado nuevas conquistas aclarando las razones antes obscuras de muchos fenómenos humanos, el criterio de la moral acerca de esas expresiones se ha ido dulcificando y haciéndose más comprensivo. Es fácil también que los moralistas, pese a su severidad y tal vez en virtud de su intelectualidad superior, experimentasen tales debilidades, en cuyo caso forzosamente esa moral tenía que mostrarse menos severa que en los tiempos en que los delitos de sodomía e incluso de simple sospecha de homosexualidad eran castigados con el tormento y la muerte, acaso porque la hipocresía fuese mayor o también porque la inteligencia de los grandes hombres estuviese privada de esa libertad de expresión que la cultura permite hoy día ampliamente.*

*Ni han sido invertidos todos los hombres célebres, ni es posible que por el hecho de ser invertido se alcance la celebridad; pero que la inversión sexual va unida muchas veces a los instin-*

*tos éticos más insignes, es un hecho que ha podido comprobarse en todos los tiempos, sin distinción de razas ni de niveles sociales. He aquí, pues, otro de los grandes enigmas de la homosexualidad, mal conocida por los sabios y peor comprendida por los ignorantes.*

## LOS EMPERADORES ROMANOS

**Las bases fundamentales del amor griego.—Los «nuevos ricos» de la homosexualidad.—La teoría de la belleza del cuerpo masculino.—La actitud de los griegos frente al desnudo femenino.—La protección a la mujer.—El desarrollo del vicio homosexual en Roma. — Julio César. — Calígula. — La muerte de Pompeyo.—El mayor monstruo: Nerón. Su matrimonio con Sporus.—Sus placeres favoritos.—Tito.—Los amores de Adriano y Antinoo.—Heliogábalo**

No nos remontamos a la Mitología, ni siquiera a los hechos de las celebridades griegas, porque en esta época floreciente de la civilización, base de la humanidad moderna, la homosexualidad adoptaba esas formas extrañas del amor de que hablaron Platón, Sócrates, Sófocles, Pindaro, Epaminondas y muchísimos otros espíritus selectos. Ahora bien, si el amor griego fué una moda, sería muy aventurado asegurar que aquella homosexualidad respondiese a necesidades psicofísicas diferentes de las que en la actualidad promueven esas extrañas variaciones en la indumentaria y en las costumbres, actos que, analizados desde el punto de vista práctico, carecen de toda justificación racional.

De la túnica al traje tipo sport, es decir, de la indumentaria del griego antiguo a la del civilizado moderno, va un abismo lleno de matices y de modalidades indumentarias de una diversidad enorme. Claro es que el desarrollo de las ideas morales y religiosas ha influído extraordinariamente en la adopción de vestidos y usos que presentan al sér externamente de una manera o de otra ; la estética de Grecia no era igual que la de París. Pero en lo que a los instintos naturales se refiere, no cabe duda que no existen diferencias entre los que adoraban a los efebos y los señorres graves que, con su apariencia de seres respetables, se complacen en frecuentar los cinematógrafos para obsequiar con ca-

ramelos y amabilidades de toda índole a los adolescentes, que no tienen más intenciones sino la de presenciar el espectáculo reflejado en la pantalla.

Ahora bien, cabe dudar e incluso negar que el deseo que mueve a estos señores modernos a frecuentar dichas salas de espectácu sea el mismo que inducía a los antiguos griegos a asistir a los gimnasios, donde se exhibían las gracias andróginas de los efebos; creemos que los de hoy son más sinceros que los de ayer, o que, por lo menos, sus sentimientos anormales son muchísimo más puros, es decir, más de acuerdo con su naturaleza ingénita. ¿Y esto por qué? Pues, sencillamente, porque si antes era moda amar a los jóvenes gimnastas, y esta afición estaba apoyada por la moral y por el imperio de las costumbres, hay que suponer que en esa inclinación entrase el artificio; es decir, la imposición de la moda, como hoy sucede, por ejemplo, a muchas mujeres que, a sabiendas de que ciertas tiranías de los modistos no son ni bellas ni prácticas, adoptan, pongamos por caso, la gorra "estilo Pichi" o el llevar al desnudo unas piernas con más pelos y más músculos que las de un banderillero.

Yo creo que el amor griego estaba más en la literatura que en el alma de las gentes; debió haber en aquella época infinitos "nuevos ricos" de la homosexualidad, muchos imitadores de los grandes hombres, que verdaderamente eran homosexuales, en virtud de su concepto elevado de que la moral y el amor han de ser un sentimiento único e indisoluble. Muchísimas personas practicaban el amor griego por las mismas razones que hoy es moda veranear en una playa; aquéllos amaban a lo griego porque lo veían hacer; éstos, acuden a las playas porque van los demás. Pero ni aquéllos amaban ni éstos pasan de mojarse los pies allí, donde vienen a morir las olas... Entonces no se concebía cómo, sin una inclinación natural, un hombre podía amar a un muchacho; lo mismo que hoy no entra en muchas cabezas la idea de que es higiénico bañarse sin necesidad de que el color de la piel esté alterado por la suciedad; y, sin embargo, se amaban ayer y se bañan hoy.

Precisamente por aquella época Isócrates, un célebre orador y retórico ateniense, discípulo de Platón, que era considerado como uno de los hombres más prácticos de Grecia, dijo: "Los que no son nada seguirán siempre las costumbres a que vieren inclinados a los que son algo. Por eso no hay ley ni más fuerte pragmática que la imitación de los hombres superiores." Se refería a los reyes también, pero no quería decir que los reyes fuesen intelectualmente superiores a los vasallos; eran superiores nada más que materialmente; y todas las superioridades, sean como fueren, son siempre muy emuladas.



Luego entonces, por mucho que los defensores sistemáticos del homosexualismo quieran hablarnos de Grecia y de sus "virtudes", hay que convenir en que no todos podían ser virtuosos, aunque, al final de cuentas, no quedase un solo pervertido, si hemos de dar crédito a la teoría de la inversión adquirida.

No basta para justificar el desarrollo del amor griego la teoría de que el cuerpo del hombre es más bello que el de la mujer, afirmación que sólo puede hacerse cuando en la elección intervienen elementos psíquicos, de tanto valor que, por sí solos, son capaces de crear un sentido particular de la estética, o, dicho de otra forma, cuando en el observador existe una inclinación homosexual congénita. Si ante un hombre completamente normal, desde el punto de vista de la sexualidad, se presentan un hombre y una mujer de la más perfecta belleza que puedan encontrarse, con absoluta imparcialidad crítica no titubeará en asegurar que el cuerpo de la mujer es muchísimo más bello que el del hombre. Y si vamos a referirnos a la atracción que uno y otro ejerzan sobre sus sentidos, la conclusión no puede ser dudosa.

En la inteligente y razonadísima discusión que Emilio Donato entabla en su libro *Homosexualismo*, frente al *Corydon* del invertido escritor francés André Gide, encontramos una réplica llena de lógica cuando niega que la estatuaria griega sea un antecedente histórico en la justificación de la preferencia que manifestaban aquellos hombres por la figura masculina sobre la de la mujer, con estos argumentos: "Los griegos, gente de buen gusto, reproducían en la estatuaria los adolescentes completamente desnudos, y, en cambio, las mujeres aparecían vestidas o, al menos, con el sexo tapado. El predominio de los desnudos masculinos, que presenta la estatuaria griega, no prueba —como pretende Gide—que los helenos estimaran de mayor belleza artística el cuerpo de los adolescentes. Puede aquel hecho ser efecto de otras causas desconocidas (1).

(1) Aunque Donato no alude al pudor de la mujer del artista griego, es fácil que en aquellos tiempos, como en éstos, rigiese la tendencia de ocultar los centros excretorios, seguramente por la importancia que el elemento asco tiene en la repulsión sexual. En el hombre se reducía notablemente el tamaño de los órganos genitales, y si en la mujer no podía hacerse otro tanto, ya que natural-

"Para el escultor — sigue diciendo Donato — podía ser un problema a resolver la representación de los paños, y los intentos reiterados de hacerlo o de presentar el problema ya resuelto podría justificar la presencia en la estatuaria griega de una gran multitud de estatuas femeninas vestidas. Podría preguntarse por qué eran precisamente estatuas de mujeres las que aparecían vestidas, y tal vez la mayor dificultad que tiene el resolver el antedicho problema en el cuerpo femenino que en el masculino alcanzaría a satisfacer la pregunta. Por otra parte, si—al decir de Gide—creían los griegos que las formas femeninas tenían poca belleza plástica, ¿por qué cuando las tapaban con la clámide, ésta, en vez de hacer invisibles los detalles del cuerpo, los ponía más en evidencia, moldeándose con ellos y como subrayándolos? Si la afirmación de Gide fuera cierta el escultor habría tapado todo y siempre el cuerpo femenino y jamás habría dejado sospechar tras el ropaje la presencia de la carne. En una estatua vestida con intención de alejar del pensamiento toda idea de carne, como en las góticas en general, lo que menos se nos acude al contemplarlas es recordarla. En cambio, esto es muy difícil que ocurra contemplando una estatua griega. Con ello no quiere decirse, nótese bien, que el artista griego se haya propuesto precisamente el atractivo de la carne, sino tan sólo—al menos es muy posible—la adivinación de las formas por el espectador, como elementos de valor estético positivo.

"Aun admitiendo que el griego estimara que el cuerpo masculino valiera estéticamente más que el femenino, tal estimación no basta para justificar lógicamente las costumbres pederastas. No existe relación de hecho entre la antedicha estimación y la pederastia como consecuencia, o viceversa. Puede pensarse—y esto es lo que está más positivamente cerca de la verdad—que la belleza era estimada en Grecia como tal, independientemente de todo otro punto de vista. Gide afirma, en cambio, que la pederastia era una consecuencia de

---

mente no se advierte ningún relieve, a no ser el del bello púbico, ¿no podemos considerar que los escultores griegos, influenciados por una moral parecida a la de nuestra época, tratasen de ocultar ese aspecto, bien por motivo de repulsión o acaso por todo lo contrario? ¿O no se reproducía el sexo de la mujer por la dificultad de dar todo su valor cromático al vello, a no ser que se tratase de esculturas policromadas? Y en todo caso, puede admitirse que la uniformidad del tono de la piedra o el mármol no permitía, desde el punto de vista estético, colorear un solo punto del cuerpo de la mujer, como si con ello quisiera destacarse el principal foco de atracción sexual. Todas estas teorías pueden muy bien ser las causas que Emilio Donato llama desconocidas.



una apreciación estética del griego a favor del cuerpo masculino frente al de la mujer."

Sea como fuere—pues no es posible seguir tan dilatada discusión, que nos apartaría del asunto que tratamos—, es lógico asegurar que no todos los hombres de la antigua Grecia, que tenían relaciones con los efebos, eran invertidos, como resulta completamente estúpido asirse al argumento de que la homosexualidad es una característica de mentalidad superior, precisamente por haber florecido en Grecia durante el período de su máximo esplendor intelectual y ser la patria de los más grandes artistas y filósofos que tuvo el mundo.

Otra justificación que los homosexuales célebres han pretendido aducir como razón de su vicio—por lo menos, Gide es de esta opinión—, se basa en un altruísmo hipócrita que, por sí solo, evidencia la deslealtad de tan absurdo argumento, al sostener que la pederastia es una solución legítima y "sin consecuencias", que defiende a la mujer del impulso sexual de los hombres.

Algunos han pretendido demostrar que el amor griego estaba justificado en parte por ese anhelo de protección al sexo femenino, afirmación completamente falsa, ya que la hetaira griega alcanzó su máxima celebridad durante tan agitado período de la vida helénica. Lesbos, como hemos dicho ya en el anterior volumen, floreció precisamente al compás de la falsa homosexualidad masculina. Y decimos falsa porque, si hubiese sido auténtica, los hombres no se hubiesen ocupado de la mujer; no digamos ya que para impedirla que cayese en la prostitución, sino como mujer siquiera. No cabe duda que la esposa era un punto de vista y la prostituta otro bien distinto en la vida sexual de aquellos hombres, completamente heterosexuales, pero que dieron en la moda de aparentar que no lo eran, para imitar con más propiedad a los numerosos sabios y filósofos invertidos, que dictaban reglas morales, encaminadas a protegerse a sí mismos contra la incomprensión o la reprobación de los demás.

Ha sido necesario extendernos en estas consideraciones acerca del amor griego porque no hay que olvidar que influyó muy poderosamente en las costumbres romanas. Los dos pueblos se disputaban la hegemonía del mundo conocido, si bien Grecia llegó más lejos que Roma en los aspectos más refinados de la intelectualidad.

La mentalidad del romano no era igual que la del ateniense, aun-

que los principios morales de las dos civilizaciones fuesen muy parecidos.

Si en Grecia fueron los filósofos quienes implantaron las doctrinas del amor unisexual, en Roma correspondió a los emperadores imitar a los griegos, implantando los mismos usos, pero con expresiones mucho más groseras y crudas, porque ya no era el espíritu lo que se trataba de satisfacer, sino que el objeto esencial estaba en llenar todos los sentidos de todos los deleites imaginables.

No obstante, mientras los griegos no llegaron jamás a destacarse como políticos, los Césares romanos hacían compatible su casi siempre auténtica homosexualidad con el gobierno de Roma. Las fastuosas orgías homosexuales que el emperador Tiberio organizaba en la isla Caprea (hoy Capri), no le distraían un solo momento en su dedicación a los negocios del Estado. Este sanguinario había reservado sitios especiales en sus jardines para que en ellos desarrollasen todas las teorías del libertinaje los invertidos de ambos sexos, en cuyas escenas solía tomar parte muy activa. Cuando se cansaba de alguno de sus amantes, solucionaba el conflicto mandándole arrojar a las fieras del circo.

Algunos autores afirman que la homosexualidad romana no tuvo su origen en el ejemplo de Grecia, sino que fué un vicio copiado de Cartago, donde la pederastia se hallaba muy extendida; por eso se llamó a la homosexualidad el vicio cartaginés, que se desarrolló en Roma después de las guerras púnicas.

Según Suetonio, el pederasta más famoso que hubo en Roma fué Julio César, al que se tenía, como ya hemos dicho, por "el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos". Se le dieron numerosos remoquetes, que evidenciaban el desprecio con que era visto su vicio contra Natura, lo que, hasta cierto punto, en los criterios sanos de la época, eclipsó un tanto sus glorias de conquistador. Tuvo odios acendrados, y no había día en que al pie de las estatuas y monumentos erigidos en su honor no apareciese una inscripción en la que se le reprochaban sus vicios con las frases más crudas. Curión le llamaba "César Lupanar", y otros le denominaron "la reina de Bitinia". En las cartas de Cicerón se dice que Julio César entregó a Nicomedes, rey de Bitinia, aliado de Roma, la flor de su juventud.

Se bañaba en agua de leche y rosas, se depilaba las cejas y todos los pelos superfluos del cuerpo, y su mayor deseo consistía en superar la belleza de la piel de las mujeres. Tenía un verdadero



ejército de peluqueros, perfumistas, masagistas, etc., a cuyos cuidados se entregaba durante horas y horas. Cuando fué a Bitinia a visitar al rey Nicomedes, se dice que su inversión no era aún más que teórica; pero, a los pocos días de ser huésped de Nicomedes, el rey abandonó su lecho para pasar al de su aliado romano.

El primer emperador romano señaló la ruta que habían de seguir casi todos sus sucesores, puesto que Tiberio, su sucesor, ya sabemos que tampoco se quedó corto en sus entusiasmos por el amor unisexual.

En Julio César es donde parecen reunirse los caracteres netos de la bisexualidad en sus formas masculina y femenina, puesto que lo mismo sometía a las mujeres que se brindaba a los hombres. No era, pues, un invertido en el amplio sentido de la palabra. Los historiadores se ocuparon más de sus escándalos con los hombres que de sus aventuras con las damas romanas que se disputaban la belleza y la virilidad, un tanto extraña, del famoso emperador.

Por esta razón precisamente es por lo que fué tan combatido, ya que no tenía la disculpa de la inversión, teoría inadmisible, puesto que no mostraba aversión a las mujeres. No obstante, poco antes de morir a manos de sus asesinos, parece ser que la inversión se acentuó definitivamente en su carácter, que no por eso cedió en rectitud y en dureza ante los negocios del gobierno.

A Tiberio sucedió Calícula, su sobrino, que, en los cuatro años que duró su reinado cometió las más abominables atrocidades y las más curiosas extravagancias. Seguramente no hubo emperador que gozase mayor fama de cruel que este hombre, que odiaba tanto al pueblo romano que decía que quisiera que todos sus súbditos formasen una sola cabeza para cortársela de un tajo. Nombró cónsul a su caballo "Incitato", con el que se dice que quiso intentar una cópula imposible. Acostumbraba a rodearse de eunucos y efebos, con los que cometía los mayores atentados contra la naturaleza, siempre en actitud activa. Un tribuno, llamado Quereas, le asesinó en el año 47, "sin que su muerte mereciese mayor compasión que la que se hubiese podido dedicar a un perro rabioso".

Por aquellos días, el célebre Pompeyo, cuñado del emperador Claudio, pagó con la vida su traición a dicho emperador. El hecho fué que se enamoró de un esclavo favorito de Claudio, con el que éste mantenía relaciones homosexuales desde hacía algún tiempo. Pompeyo, que envidiaba a su cuñado por aquel motivo, logró convencer al esclavo para que le prodigase las mismas caricias que al empe-

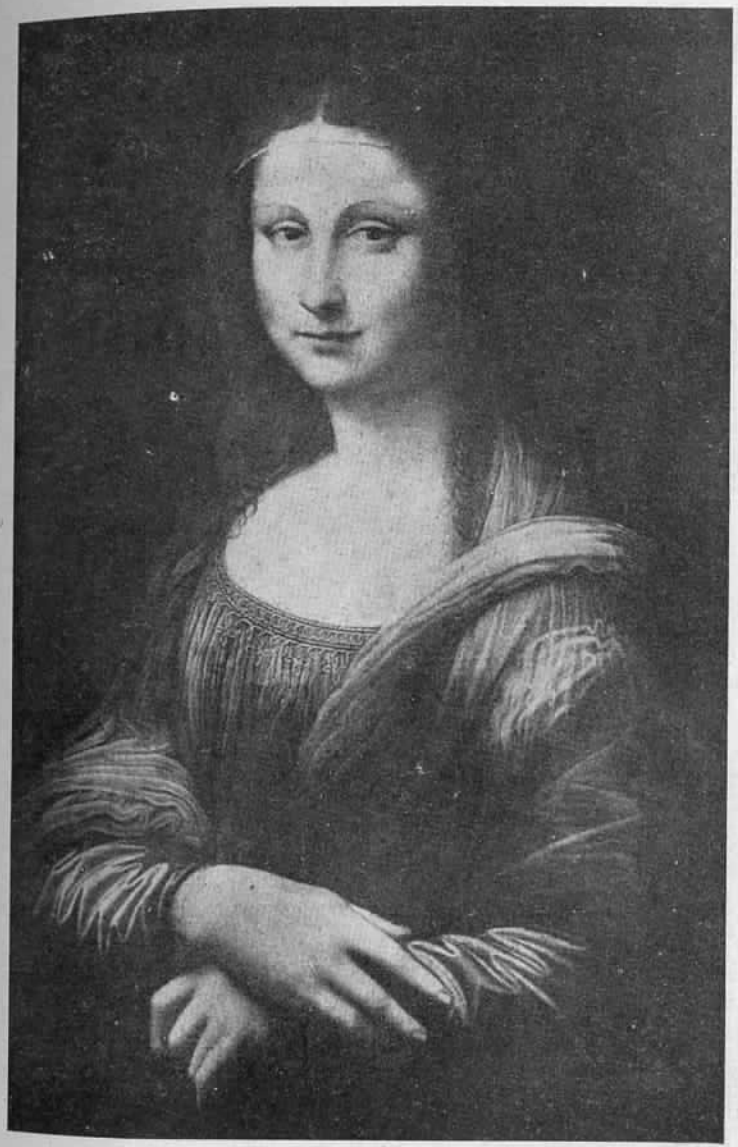
rador. En una de estas entrevistas fué sorprendido por un criado, el cual refirió a Claudio lo que había visto. No hizo nada por vengarse hasta no comprobarlo por sus propios ojos, y cuando ya no tuvo dudas acerca de aquellos amores, mandó apuñalar a Pompeyo y al amante, pagando ambos la "infidelidad" cometida.

Claudio tuvo un hijo adoptivo, que más tarde fué también yerno, cuya crueldad no tuvo límites: Nerón. Catorce años, que fueron siglos para el pueblo romano, duró el reinado de "la bestia más sanguinaria que parió la humanidad", como dice un historiador francés. Desde muy joven, a los diecisiete años—en esta edad fué elegido emperador por el Senado—, empezó a dar pruebas de sus tendencias francamente homosexuales, si bien parecía un dechado de bondades y del que nadie podía sospechar lo que iba a resultar después.

Al principio de su reinado se rodeó de casi todos los amigos que tuvo antes de subir al trono; pero estas amistades, aduladoras y viciosas, le sirvieron para su desenfrenada lujuria, que satisfacía en juergas verdaderamente épicas. Un amigo suyo llegó a cautivarle tanto, que, valiéndose de todos los medios imaginables, le hizo metamorfosear en mujer, cortándole los genitales. Este joven, llamado Sporus fué casado con Nerón, y aunque toda la corte sabía que era un hombre, el emperador impuso que se le rindieran los honores debidos a la mujer del César.

Esta locura de la juventud fué acogida por todos los patricios con el natural disgusto; pero, como era tan cruel, tan pronto como llegaban a sus oídos las críticas de que se le hacía objeto, mandaba asesinar al que se permitía hacer juicios acerca de su moralidad. Más tarde casó con Octavia, hija de su antecesor, el emperador Claudio; pero, poco después, la hizo asesinar, lo mismo que a su ayo Burrho, a su maestro Séneca, a su amigo Lucano y a otros personajes, amén de a su madre, Agripina, a la que hizo abrir el vientre para ver el sitio donde él había permanecido durante nueve meses.

Uno de los placeres favoritos de Nerón consistía en bañarse en unión de varios niños de pecho, a los que hacía que le succionasen el miembro viril. Con niños de más edad cometió los actos de pederastia más abominables, y como le gustase algún joven, fuese de la clase social que fuese, se le hacía conducir a su cámara, donde abusaba de él. Nerón desempeña un papel de gran importancia en la historia del cristianismo, pues su persecución contra los fieles de la



LA GIOCONDA

Leonardo de Vinci, autor de esta magnífica obra, fué uno de los continuadores del concepto griego del amor. En toda la obra de Vinci se advierte cierta frialdad hacia la belleza femenina.

LAMINA I



EL AMOR Y LA MÚSICA

El Tiziano fué injustamente acusado de sodomía. Una prueba la encontramos en su respeto y admiración por la belleza del desnudo femenino contraria al amor griego.

LAMINA II



nueva doctrina fué terriblemente cruel y despiadada. Por fortuna, fué asesinado cuando acababa de cumplir los treinta y un años, a cuya edad no había atrocidad, por grande que fuera, que este parricida, asesino e incendiario, no hubiese cometido.

El reverso de esta trágica medalla fué el emperador Tito, que subió al trono de Roma diez años después de morir Nerón. Fué uno de los más brillantes poetas grecolatinos y militar inteligente y arrojado, y, sin duda alguna, el más humanitario de los emperadores de Roma, cuyos destinos rigió durante sólo dos años. Un historiador dice que "no derramó la sangre de ningún ciudadano, disminuyó las contribuciones y gobernó con tanto acierto y piedad que fué llamado "delicia del género humano". Cuando pasaba el día sin hallar ocasión de hacer una buena acción, solía decir a sus amigos que había perdido el día.

Fué la bondad personificada y se conquistó bien pronto el amor y el respeto más hondo de sus súbditos. Pero, a pesar de todas estas sanas virtudes, que realmente contrastaban con todas las atrocidades que en todos los órdenes cometieron sus antecesores, el emperador Tito era un invertido, un homosexual activo, influenciado por las doctrinas griegas. En su palacio reunía a numerosos eunucos, a los que sometía a sus impulsos en todas las manifestaciones perversas. Gustaba de conversar íntimamente con los más inteligentes, prefiriendo a los más delicados y de formas más femeninas.

No obstante, procuraba que no saliera al exterior el humo de sus pecados, aunque la casa ardiese por dentro. Entre sus amigos y consejeros jamás hacía alusión a su homosexualidad, y cuando alguien le hablaba de las inclinaciones que en el mismo sentido se observaban en algunos personajes, Tito fingía no escucharlo, derivando la conversación por derroteros de más fácil salida.

A Tito sucedió en el imperio su hermano Domiciano, hombre fuerte, robusto y de gran carácter. También tuvo las mismas aficiones que su antecesor, siendo conocidas por toda Roma sus relaciones con el tribuno Claudio Pollio y con Nerva, que fué quien le sucedió en el trono.

Trajano, de cuyo paso por España existen magníficas pruebas de la grandeza que alcanzó el imperio y del genio creador de dicho César, también sacrificó su sexualidad a los hombres.

Le sucedió Adriano, cuyos amores con su esclavo Antinoco, un hermoso mancebo, natural de Bitinia, fueron inmortalizados en la

poesía, así como la figura del joven esclavo, al que se considera como el tipo de belleza plástica.

El emperador no se separaba jamás de su favorito, que indudablemente era un invertido afeminado. En todos los viajes y expediciones que realizaba Adriano, el lugar preferente era ocupado siempre por su amante, que estaba locamente enamorado de él. En una ocasión, en que ambos viajaban por Egipto, el emperador dedicó ciertas atenciones a un joven que iba en la comitiva, lo cual encendió los celos en el corazón de su esclavo. No pudo soportar Atinoo tal desvío, y creyendo que perdería para siempre el amor de su dueño, se suicidó, arrojándose al Nilo.

Adriano sufrió la pérdida de su favorito, llorándole lo mismo que un marido enamorado hubiera podido llorar a su esposa, y hasta tal punto llegaba la pasión que le despertó el mancebo, que le veneró después de muerto. Desde entonces se celebraron en Bitinia los juegos *Antinoos,* con los que anualmente se honraba la memoria del desdichado esclavo, que había muerto de amor.

El historiador Spartanius escribió la historia de estos amores, diciendo que, por mucho que se hubiesen adorado dos amantes, un hombre y una mujer, jamás habrían llegado a los extremos pasionales de que dieron muestras estos dos hombres, de alma extraordinaria.

El emperador Heliogábalo, que fué célebre por sus extravagancias, por su glotonería y por su crueldad, no lo fué menos por sus aficiones a los deleites homosexuales, en los que siempre tomaba la parte pasiva. Los escándalos que dió este verdadero homosexual llenaron de indignación a los romanos, cosa que sucedía siempre que esta viciosa conducta no estaba atenuada por inteligentes medidas de gobierno, como sucedía en los tiempos de Tito.

Heliogábalo no ocultaba su inversión, sino que, por el contrario, solía hacer alarde de ella en las festividades que, con cualquier pretexto, tenían lugar en los magníficos salones de su palacio. Una de sus aficiones favoritas consistía en vestirse de mujer, empleando los atavíos más bellos y costosos, y, de esta forma se presentaba en los banquetes y fiestas palatinas, haciéndose dar el tratamiento de emperatriz y obligando a la servidumbre a que le tratase de "señora".

El lecho lo tenía ricamente alhajado, y en su tocador había las esencias más valiosas y raras. Vivía como una mujer: toda su servidumbre íntima era femenina, y cuando se bañaba hacía que ningún hombre pudiera acercarse para evitar que le viesen. Sus ademanes eran completamente mujeriles y tenía todas las aficiones del sexo débil, incluso la voz, que había deformado hasta adquirir un tono pueril de tiple.



Todos los hombres que hacía pasar por su lecho y eran capaces de llenar cumplidamente sus tendencias, auténticamente invertidas, no tardaban en ocupar los puestos públicos de mayor responsabilidad, aunque se tratase de individuos de la más baja categoría social. A tal extremo llegó la pasión que le inspiraba uno de sus amantes, que concibió el propósito de casarse con él, lo mismo que quiso hacer Nerón. Protegía a todos los hombres que manifestaban sus mismas tendencias, por lo que el palacio imperial podía compararse a un inmenso prostíbulo de homosexuales, en el que todas las aberraciones más repugnantes tenían digna cabida.

Cambió de amantes bastantes veces; pero, cuando estaba entregado a uno, nunca llegó a traicionarle, mostrándose tan fiel como pudiera serlo a su esposo la mujer más honesta. En sus relaciones se portaba exactamente lo mismo que si fuese una mujer, y aunque su crueldad quedó demostrada en numerosos hechos, cuando se hallaba en la intimidad con el amante de turno parecía tan débil que la menor duda de celos le hacía llorar con amargura, reprochando su conducta al presunto perjuro.

Siempre mostró verdadera gratitud hacia sus elegidos, y aunque terminase las relaciones con ellos, les conservaba en los puestos que les había asignado, y si surgía cualquier intrigante con intención de que el ex amante fuese sustituído, montaba en cólera, y algunas veces hizo pagar con la vida y, más frecuentemente, con denigrantes castigos, a quienes se permitían inmiscuirse con demasiado interés en aquellos asuntos, que tan directamente afectaban a su intimidad.

En resumen: sin miedo al error, pudiera decirse que todos los emperadores romanos, desde el primero hasta el último, practicaban la homosexualidad en un aspecto o en otro. Lo que es muy difícil de precisar, en la mayoría de los casos, y ello en virtud del confusionismo y del desconocimiento de la homosexualidad y de la perversión de que dan pruebas los historiadores, es si todos aquellos célebres directores de pueblos eran invertidos o solamente viciosos más o menos influenciados por las sugestiones de Grecia y de toda la literatura de Sócrates y Platón.

Pese a la inseguridad que se observa en las manifestaciones de los antiguos investigadores, en algunos casos, como en los de Nerón

y Heliogábalo, es fácil definir con seguridad el género a que pertenecieron, pues, sólo con los detalles que hemos citado se advierte que Nerón era un invertido de tipo masculino y Tito y Heliogábalo del femenino, muy especialmente este último, pues en ello han convenido absolutamente todos los historiadores.

Quien conozca, siquiera sumariamente, la psicología del invertido de tipo femenino sabrá que la crueldad no es nunca una de las características morales, sino que, todo lo contrario, tiende siempre a la ternura y a la piedad en la misma medida que pudiera manifestarse una mujer de temperamento ardiente y delicado. Ahora bien, ateniéndonos, por ejemplo, a la historia de Heliogábalo, invertido perfecto de tipo femenino "hasta la exageración" y cruel y sanguinario por otra parte, la teoría de la bondad del afeminado cae por los suelos estrepitosamente.

No obstante, este caso es una excepción, como lo sería un homosexual de tipo activo que no fuese como Heliogábalo o Nerón.

¿Hasta qué punto entraba el elemento congénito en la determinación de estas predisposiciones? No es posible que los narradores de aquella época, ni siquiera los médicos, dispusiesen de los más rudimentarios medios de investigación; allí no había más que elegidos de los dioses o de la desgracia, y los vicios eran analizados con tal amplitud de criterio que, algunas veces y en determinados individuos, como pasaba con Tito, las peores aberraciones alcanzaban la categoría de verdaderas virtudes.

El contagio de la homosexualidad trascendió de los palacios de la nobleza a los barrios de los plebeyos, y el vicio, el verdadero vicio, se extendió por toda Roma como una terrible epidemia arrolladora. Ni tenía las raíces que en Grecia, ni sus formas iban asociadas a ninguna manifestación o impulso sentimental o artístico. Todos los emperadores, hastiados de cuantos placeres normales pueden proporcionarse los potentados, recurrieron a esas variaciones del crimen contra la Naturaleza en su afán de experimentar sensaciones nuevas o desconocidas. No se reparaba en medios con tal de lograr los fines más descabellados.

Y, naturalmente, las emperatrices no tenían nada que envidiar a sus esposos. Helena, la esposa de Juliano, fué una invertida de tipo masculino, que jamás conoció la piedad para sus amantes, a las que sometía a las más terribles crueldades con tal de satisfacer su furiosa lujuria. Ariosto habla de estas inclinaciones de la hermosa emperatriz, como en otras romanas célebres de la época, y así vemos



que si crueles eran los hombres, no lo fueron menos aquellas verdaderas arpías.

Toda la Edad Antigua está plagada de hechos en los que casi todos los reyes demuestran unas inclinaciones más o menos acentuadas hacia su propio sexo; pero lo que tenía lugar en la época del paganismo e incluso en los primeros tiempos del desarrollo del cristianismo no se ha repetido en el transcurso de la Historia con tan crudos caracteres ni en formas tan terribles de disolución y crueldad.

No se hable, pues, de que aquellos tiempos fueron más morales que éstos; aunque la base de la moral sea la costumbre, desde todos los puntos de vista que analicemos la vida de Grecia y de Roma no es posible encontrar la moralidad por ninguna parte.

# LOS GRANDES ARTISTAS DEL RENACIMIENTO

La caída del Imperio Romano.—La actitud de los filósofos.—Comprensión del cristianismo.—Inversión en la Edad Media.—Persecuciones contra los sodomitas.—El Obispo de Orleáns.—El estudio de la antigüedad.—Influencia de la literatura.—Inversión y epidemia.—Leonardo de Vinci.—Miguel Angel.—Sus amores con Tomaso de Cavalieri.—Los ingleses.—Shakespeare y Byron.—La homosexualidad de Winckelmann.—El «amor viril» de Whitman

Con la caída del Imperio romano las costumbres empezaron a encauzarse por derroteros más sensatos. En este aspecto no hay posibilidad de negar la grandiosa influencia del cristianismo, cuyos apóstoles lograron poner de manifiesto las grandes diferencias existentes entre la doctrina pagana, plena de corrupciones, y las nuevas teorías, llenas de sabios principios higiénicos para el desarrollo de las ideas del alma sobre una base más sensata y positiva.

La corrupción de Roma, lógico es suponerlo, no había envenenado por igual a todos los súbditos del decadente Imperio de los Césares; lejos de esto, en todas las épocas hubo verdaderos moralistas, que, aunque abrazaban el paganismo como religión oficial, no por eso se mostraban conformes con todas las prácticas, especialmente aquellas que se referían a la función de los sexos, ya que estos pensadores no dejaban de comprender que los usos, de que daban el peor ejemplo los directores del pueblo, contribuían a deshacer la familia, impidiendo el desarrollo de los sentimientos espirituales, que siempre progresaron al calor de los ideales de la castidad.

Por eso, los propagandistas cristianos se encontraron con una masa de opinión francamente dispuesta a apoyar y extender las nuevas doctrinas, ya que sus principios se basaban, fundamentalmente, en las mismas ideas y leyes morales que nacieron y crecieron gracias

al abono fecundo de las inmoralidades repugnantes del paganismo; fué una reacción naturalísima, que experimentaron principalmente los hombres de genio, los filósofos y pensadores cultos de más elevada mentalidad, que, por esta razón, estaban en las mejores condiciones para comprender cuánto de bueno predicaban los ascetas cristianos, en contraste con la disolución que precipitó el derrumbamiento del Imperio.

El cristianismo fué bastante comprensivo, en lo que se refiere a la verdadera homosexualidad, y si no fué comprensivo, al menos se manifestó bastante tolerante, sobre todo en los principios de la implantación de su doctrina por toda Europa. Las Sagas y leyes de la antigua Escandinavia del Norte revelan que la homosexualidad era conocida de muy antiguo en el país. Los invertidos de tipo femenino tenían que soportar los mayores desprecios y vejaciones, negándoseles las más elementales consideraciones que merecen los seres humanos. Gracias a la intrusión del cristianismo, la suerte de estos desdichados se modificó bastante, pues la nueva religión permitió a los individuos de este temperamento entrar a formar parte de las comunidades religiosas, convirtiéndose en sacerdotes o frailes, que tenían la misión de divulgar la doctrina entre las gentes adeptas a la religión antigua.

De los invertidos célebres de la Edad Media es muy poco lo que se ha llegado a saber, sin duda porque la influencia del cristianismo dictó normas muy severas para la represión de esas manifestaciones. Diodoro de Sicilia cita a varios personajes, galos e italianos, que tuvieron aficiones homosexuales; pero no se extiende en el estudio de los casos. Desde el siglo X hasta el XIII, los búlgaros propagaron por toda Europa usos y costumbres "francamente antinaturales", como dice un historiador. Estos vicios debieron alcanzar gran desarrollo, especialmente en el Languedoc, hasta el punto de que Felipe-Augusto se vió obligado a enviar a su hijo entre los albigenses "para destruir la herejía de los hijos del país".

Muchos personajes que habían marchado a las Cruzadas, viviendo durante mucho tiempo sin mujeres, parece ser que dieron en las costumbres que veían practicar a los soldados; Mantegazza dice que muchos jefes de los cruzados practicaron la homosexualidad, cuyo vicio se extendió en Francia coincidiendo con el regreso de aquellos luchadores. Felipe el Bello se mostró indignado ante el escandaloso desarrollo del amor entre hombres, y bajo su reinado tuvo lugar el célebre proceso de los Templarios, contra los cuales se lanzaron graves acusaciones de vicios contra la naturaleza. En este asunto jugó la política un importante papel. Ordéricus Vitalis refiere que el número de sodomitas era bastante grande en Inglaterra. El Concilio celebrado en Londres, en el año 1102, adoptó las más severas medidas contra los invertidos; pero no puede decirse que se lograra reprimir el desarrollo de aquellas costumbres depravadas de los personajes más célebres de la época. En París también tuvo lugar un Concilio, en 1212, y otro en Ruan, en 1224; en ambos se fulminó contra los invertidos, considerando como tales incluso a los que se oponían al desenvolvimiento intelectual de la mujer y muy particularmente a aquellos que desatendían las excitaciones que desde las casas públicas les dirigían las prostitutas. Muchas notabilidades que jamás tuvieron el menor trato con esas mujeres fueron señalados como invertidos por el absurdo criterio de los reformadores.



Mucha debió ser la extensión del vicio cuando la reacción se operó de una manera tan enérgica; no se salvaron de la condenación popular muy respetables doctores de la Iglesia, y el miedo al pecado herético fué tanto, que los hombres procuraban no confesarse dos veces seguidas con el mismo pastor de almas para no incurrir en pecados más graves que aquellos para los que demandaban perdón.

La heterosexualidad era tan alabada en las postrimerías del siglo XII que, para combatir la homosexualidad, "veneno de la peste", se hacía la vista gorda, como vulgarmente se dice, cuando un hombre se entendía con varias concubinas, diciéndose de él que tenía costumbres ejemplares. Más valía la intimidad con diez mujeres que la simple amistad con un hombre. Se llegó, como vemos, a los límites de la máxima ridiculez.

Por aquella época hubo un obispo de Orleáns, llamado Juan, el cual mostraba las mismas tendencias que Heliogábalo. Se hizo llamar Flora por sus favoritos, invertidos y pervertidos, de los que exigía que en las fiestas entonasen himnos y cánticos de alabanza en honor de sus dotes. Esta genialidad del obispo no fué tomada a mal por sus fieles hasta que aquellas fiestas empezaron a celebrarse con cierta intimidad, a lo que se opusieron con energía las autoridades superiores de la Iglesia.

Casi toda la Edad Media se caracterizó por una lucha enconada contra la sexualidad en todas sus manifestaciones, ya fueran normales o anormales. El desarrollo de las doctrinas ascéticas no se operó por igual ni con la misma facilidad en las distintas capas sociales, o, por mejor decir, en las diferentes esferas de la intelectua-

lidad. Los más cultos e inteligentes, casi todos gente de letras, hacían caso omiso de las prescripciones teológicas en virtud de su ateísmo, mientras que los incultos, sometidos por entero a la autoridad eclesiástica, colaboraban con este poder en la persecución de los invertidos, que pagaron con la vida sus inclinaciones.

Entramos en la Edad Moderna, y frente a las leyes restrictivas se levanta el contraste vigoroso del Renacimieno italiano, que empieza a desarrollar sus teorías en el siglo XV. La época se caracteriza por la independencia intelectual de los filósofos, escritores, pintores, escultores y toda clase de artistas, que evocan con entusiasmos los tiempos de Grecia y Roma. Entre estos entusiastas partidarios del esplendor de las épocas muertas se tiende a resucitar el pasado en todas sus manifestaciones; la influencia del clasicismo permitió a muchos hombres célebres libertarse del yugo moral impuesto por las doctrinas ascéticas, y entonces es cuando aparecen muchos invertidos célebres, que no habían tenido más remedio, por instinto de conservación, que ocultar sus tendencias, francamente opuestas al amor normal.

No obstante, no es posible creer que todos los que trataron de imitar a los discípulos de Sócrates obedeciesen al impulso de unas tendencias naturales, sino que, como en Grecia, lo artificial entró en una gran parte en la formación de tales mentalidades. Unos eran invertidos auténticos que se vieron obligados a contener sus inclinaciones; pero no cabe duda que la gran mayoría no hicieron más que copiar lo que veían como una forma de emulación de aquellas celebridades, que, en el Renacimiento, como en todos los tiempos, han gozado siempre de la envidia de las mentalidades inferiores.

Ellis aclara lo que pudiera aparecérsenos como una nebulosa en la verificación de este fenómeno, cuando dice: "Es digno de observarse que la inversión sexual va con frecuencia asociada con el estudio de la antigüedad clásica. No debe, sin embargo, deducirse de esta circunstancia que tales estudios sugieran la inversión, y que, por tanto, ésta disminuiría suprimiendo el estudio de la literatura y el arte griego. Lo que realmente ha sucedido es que el estudio de la antigüedad griega tiene para el invertido congénito particular atractivo, porque en él encuentra la explicación y la apoteosis de sus propios oscuros impulsos. Es indudable que ese estudio tiende a fomentarles."

Esta sencilla afirmación del célebre psicólogo encierra una verdad indiscutible. No obstante, cuando dice que el solo estudio de la



antigüedad griega no determina la inversión sexual, a no ser que se trate de un predispuesto congénito, pudieran oponérsele ejemplos en los que los diálogos socráticos y las narraciones de muchos autores griegos fueron bastante para determinar en sujetos impresionables y completamente heterosexuales cierta curiosidad por conocer esas emociones espirituales tan alabadas, surgiendo a continuación todo lo demás, hasta llegar a la perversión completa. En la autobiografía de un célebre homosexual argentino se lee este párrafo elocuentísimo: "En *El banquete* de Platón, descubrí un nuevo manjar que siempre me había repugnado; pero tanto me lo alabaron, que terminé por probarlo. Platón y Teócrito han hecho por el amor de la Humanidad mucho más que puedan hacer los modernos sexólogos."

Claro es que tampoco creo que la sola lectura de toda esa literatura, que exalta el amor entre hombres, ejerza en todos los temperamentos la misma influencia, y aun hay muchos de elevada mentalidad y de extraordinaria cultura que, pese a toda la belleza literaria de esas narraciones, a su sabor clásico y a la profunda espiritualidad que palpita en su fondo, no han podido contener un gesto o una frase de sincera repugnancia, que brotaban espontáneamente del impulso y la conciencia con energía bastante para sobreponerse al convencionalismo intelectual. La inversión adopta algunas veces las mismas formas que ciertas epidemias, y sólo se ven atacados por el morbo los espíritus que carecen de defensas adecuadas contra el mal, por lo que no es equivocado afirmar que muchas homosexualidades son tan naturales como los trastornos orgánicos producidos por esas infecciones.

Hablando de los hombres de genio del Renacimiento, no es posible definir en ellos exactamente la verdadera naturaleza de sus inclinaciones y prácticas homosexuales. En aquella época, más que en la presente, ya existían muchas tradiciones y leyes éticas, que habían dominado a las primitivas griegas, oponiéndose a las manifestaciones de la pasión homosexual. Lo mismo que no disponemos de fuentes de información adecuadas para poder asegurar que la homosexualidad fuese en Grecia una perversión congénita, tampoco es posible admitir que los hombres del Renacimiento, *quienes se esforzaban por imitar a los griegos,* fuesen invertidos en tal proporción que casi todos los artistas, especialmente literatos, pintores y escultores, se nos ofrecen en sus obras como invertidos entusiastas.

En el Renacimiento lo mismo que en Grecia, era moda ser invertido; los renacentistas llevaban la homosexualidad lo mismo que

los bohemios de hace medio siglo se tocaban con chambergo y chalina; era un distintivo o un uniforme que seguramente no simbolizaría en muchos casos ni la capacidad ni la tendencia del sujeto. Un autor dice a este respecto que "en algunos casos, el impulso era indudablemente orgánico y pudiera ser que existiera entre los griegos una predisposición homosexual orgánica racial, o, cuando menos, entre los dóricos; pero el sentimiento social dominante, cualquiera que fuese su origen, indujo a la mayoría de las gentes a adoptar la homosexualidad como una especie de moda, de suerte que, en un número determinado de homosexuales, existirían en la Grecia antigua menos rongénitos de los que actualmente existen entre nosotros". Pero aún pudiera añadirse que una gran parte de los invertidos actuales más célebres, como, por ejemplo, el *Corydon*, de Gide, parecen ser la suma de la predisposición congénita y de la influencia griega, y que, en infinidad de casos, esa influencia lo es todo.

Los primeros casos notables de homosexualidad empiezan a registrarse en Florencia, en los comienzos del siglo XV, hasta el punto de que la pederastia llega a denominarse "vicio florentino". Uno de los más célebres artistas de la época, Leonardo de Vinci, natural de dicha ciudad, fué acusado de practicar actos sexuales contra Natura con un joven. El suceso llegó hasta los Tribunales, pero la causa fué sobreseída en vista de la personalidad del acusado.

En las concepciones escultóricas y pictóricas del gran maestro se nota una mezcla de bisexualidad que es el reflejo exacto de su temperamento. Una de sus obras pictóricas más notables es el retrato de Mona Lisa, o sea la célebre Gioconda. (Lámina I).

También nació en Florencia otra celebridad: Miguel-Angel, escultor, pintor, arquitecto y poeta y uno de los más excelsos artistas del Renacimiento. La inversión de Miguel-Angel, que fué negada por muchos de sus biógrafos admiradores, es un hecho que no deja lugar a dudas, pues, no sólo en sus trabajos pictóricos y escultóricos se advierte tal inclinación, sino que sus poesías y cartas lo demuestran de una manera que no deja lugar a dudas.

La celebridad de Miguel-Angel era justamente reconocida por sus contemporáneos. El papa Julio II le hizo ir a Roma, donde fué recibido con grandes honores por el pontífice, y hay biógrafos que aseguran que en aquella entrevista no sólo se habló del arte, sino de las peculiaridades de los clásicos griegos.

No obstante, en la vidad sexual de Miguel-Angel hay ciertos



misterios que no se han llegado a desentrañar; por lo menos, lo que se refiere al método de satisfacción sexual, ya que si es cierto que jamás se le conocieron relaciones con mujeres, ni sus mismos enemigos, que fueron muchos, lograron hacerle cargos en este sentido. Se sabe, sí, que era muy sensible a la belleza masculina y que sus amistades con hombres fueron muy tiernas y entusiásticas, a pesar de lo cual nadie ha podido asegurar que le conociera relaciones físicas homosexuales.

Un joven florentino, llamado Tomaso de Cavalieri, que, según Grim, "era noble y extraordinariamente bello", había sometido por entero a su voluntad al inmortal artista, como queda demostrado por la siguiente poesía, dedicada a él por Miguel Angel:

«Mis ojos no ven, me encuentro ciego;
y al caminar contigo al mismo paso,
el fardo que me aplasta siempre, me parece ligero.
Llevado por tus alas vuelo contigo hasta el cielo.
Como tú quieres, vivo: intrépido o cobarde,
con frío al sol y calor en los días de invierno.
En tu voluntad reposa la mía;
en tu corazón nacen mis pensamientos,
y en tu espíritu encuentro un manantial de palabras.
Es así como yo me parezco a la luna,
que no vemos en el azul del cielo,
sino cuando el sol la ilumina con sus rayos de fuego.»

Este temperamento, claramente bisexual, no fué advertido por aquellas gentes, ya que para ellas no tenía importancia la homosexualidad, sino exclusivamente la sodomía. Un hombre podía dedicar todo su amor espiritual a otro hombre sin que sus coetáneos se alarmasen lo más mínimo ni se permitiesen hacer el menor juicio ofensivo: inportaba mucho más la forma que el fondo de las cuestiones, porque hasta en eso parece que se había infiltrado en el alma renacentista la influencia de la Grecia antigua.

Las obras escultóricas de Miguel-Angel son una magnífica exaltación de la forma y la belleza masculinas, mientras que, tratándose de mujeres, sin renunciar por entero a las reglas de su arte, parece que olvida muchas de las características esenciales que determinan la atracción que sobre el hombre ejerce el sexo femenino. Toda la melancolía y el misterio de que aparecen rodeadas las

obras del magnífico artista, no son más que la expresión de su temperamento de hermafrodita psicosexual, que no podía ser anulado ni reducido siquiera, porque resultaba ser el verdadero marchamo de su personalidad.

En las reproducciones masculinas, la forma y el músculo adquieren una potencia extraña, que se aparta de la realidad anatómica para dar paso a una sensación de fortaleza y de carácter de virilidad extraordinaria, que contrastan rudamente con la personalidad física y espiritual del artista. Ignoramos si en la realidad de su vida llegarían a figurar esos tipos, que indudablemente constituían su ideal estético y su concepto ancestral de la belleza; pero no cabe duda que, en la modelación de aquellos trazos, puso toda su alma.

Otro contemporáneo de Miguel-Angel, y gran admirador suyo, fué el pintor Bazzi. De éste ya se puede deducir la homosexualidad práctica, puesto que se le conoció por el nombre de Sodoma. Un biógrafo dice que, a pesar de esto, se casó y tuvo descendencia, por lo que puede considerársele como un auténtico hermafrodita psicosexual. "Era—dice—un gran artista, a quien se ha tratado injustamente, debido, en parte, quizá al prejuicio de Vasari—cuya admiración por Miguel-Angel rayó en adoración, pero que menospreció a Sodoma, a quien siempre escatimó el elogio—y también porque su labor es poco conocida fuera de Italia, y aun poco accesible en esa nación. Aturdido, desequilibrado, excéntrico en su manera de vivir, era Sodoma, a juzgar por un interesante retrato del Palacio Pitti, un neurótico pletórico de energía nerviosa y de temperamento profundamente melancólico. En su pintura se observa una blandura y un calor peculiarmente femenino y muy marcado y tierno sentimiento, escasamente viril, por la belleza masculina."

El Tiziano fué injustamente acusado de pederastia por algunos de sus enemigos. Para convencerse de la inexactitud de tales acusaciones no es preciso más que observar cualquiera de sus famosas obras, en las que su amor a la mujer aparece bien claro en la forma de tratar los asuntos, en los que no falta un detalle de su claro concepto de la belleza femenina, sexualmente atractiva. (Lámina II.)

Donde más extendida estuvo la sodomía en todas sus formas no cabe duda que fué en Italia, cuna del renacentismo. No obstante, los países flamencos también conocieron bastantes casos de la misma naturaleza. En Bruselas tuvo lugar el proceso del famoso escultor Duquesnoy, el cual fué sorprendido cuando cometía un acto de sodomía con un joven en una capilla de la catedral de Gante, en



la que se encontraba ejecutando un monumento que se erigió al obispo. Duquesnoy fué estrangulado y quemado su cadáver, pese a las influencias que mediaron en el asunto, entre las que no faltó la del mismo obispo; esto ocurría en el siglo XVII.

Otros pintores y escultores de la época incurrieron en la misma debilidad, que no sabemos si era congénita o adquirida; por toda Europa se hubieran podido encontrar casos numerosos de ambas desviaciones, si bien hoy resulta difícil un análisis retrospectivo, en virtud de que, para que la homosexualidad se apreciase, parecía precisa la existencia de la pederastia.

Si Italia se distinguió en este aspecto, Inglaterra no se quedó atrás. Se dice que Shakespeare y Lord Byron sostuvieron una amistad muy estrecha y apasionada. El primero dedicó varios sonetos a un amigo joven, que se cree pudiera ser el duque de Southampton, versos que revelan claramente su naturaleza amorosa. Uno de ellos, que no es soneto, dice así:

¡Tienes figura de mujer, que la Naturaleza
ha pintado ella misma, amante, enamorada de mi amor!
Un corazón de mujer, pero sin rastros
de caprichos y cambios femeninos en tus deseos.
Hombre y mujer deben admirarte,
pues reunes el encanto y la potencia de los dos.
Estabas destinado a ser mujer. Pero la Naturaleza,
enamorada ella misma de ti,
te ha dado de más lo que lleva mi esperanza hacia ti,
y que me es tan inútil.
Y, pues, te ha inculcado miedo por el amor femenino,
conságrame tu corazón y sigue tus inclinaciones.

Sus apologistas dicen que, a pesar de esto, esos versos no implican ninguna relación vergonzosa o que pudiera ser considerada como tal, y que representan un episodio único en la vida de un hombre de naturaleza muy sensible y complicada. Realmente, aunque Shakespeare tuvo varios amigos, de los que se sabía que eran pederastas, como Francisco Bacon, no existen pruebas para poder asegurar que llegó a practicar el amor unisexual.

De Lord Byron se dice que muchos de sus sonetos dedicados a mujeres fueron en realidad inspirados por hombres amigos suyos, por los que en realidad sintió un intenso y apasionado afecto.

Confiesa en una de sus obras que sus amistades de la escuela llegaron a constituir las más fuertes pasiones que experimentó en la existencia. Refiere que, hallándose en viaje por Italia, se encontró con Lord Clare, un antiguo compañero de colegio y amigo predilecto de la infancia, y, al verle, "me sentí penosamente agitado, y cada vez que oía pronunciar su nombre, mi corazón latía violentamente". Cuando tenía veintidós años entabló amistad con un joven, con el que mantuvo relaciones durante doce años, dejándole al morir una gran fortuna. Lord Byron murió a los treinta y seis años, en 1824.

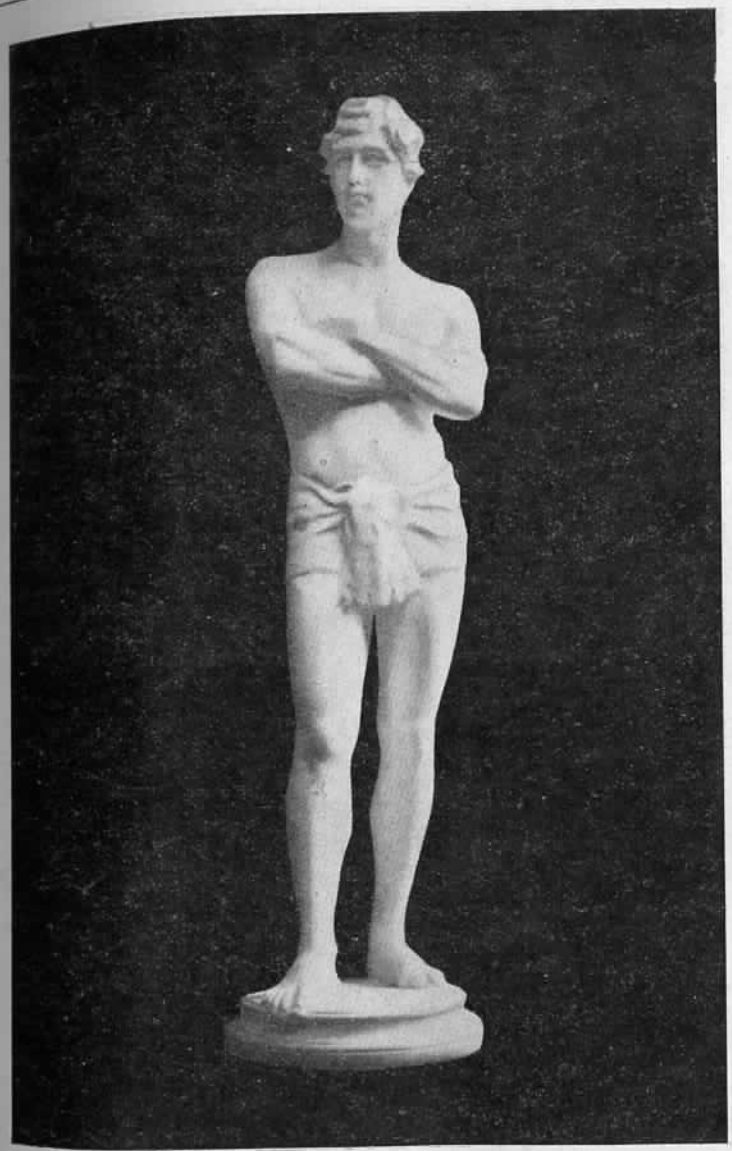
El poeta Ricardo Barnfield escandalizó a la sociedad de su época con los apasionados poemas que dedicó a sus amigos, los cuales no dejaban lugar a dudas respecto a las inclinaciones sexuales de su autor, hombre adinerado, que escribía por amor a la literatura y a los amigos de que llegó a rodearse.

Por el mismo tiempo dió mucho que hablar el célebre poeta Marlowe, cuyo mejor drama, "Eduardo II", se refería esencialmente a las relaciones amorosas que el rey tenía con sus favoritos. Ellis dice, refiriéndose a este hombre, lo siguiente: "Un ignorante espía le acusó por supuestos actos criminales y por menospreciar a quienes no amaban a los jóvenes. Aun teniendo en cuenta la bajeza del espía, no parece verosímil que sus acusaciones fuesen mera invención. Además, aun cuando Marlowe no desconoció la belleza de la mujer, se descubre también en su obra una sensibilidad peculiar en la apreciación de la belleza masculina. Es evidente que sentía irreflexiva delicia en la comisión de todo acto ilícito, y probablemente pudiera considerársele como hermafrodita psicosexual."

Según Raffalowitch, en la vida de Goethe, Montaigne, Alfieri, Casanova y otros grandes hombres, aparecen muchos episodios homosexuales.

Como casos verdaderamente escandalosos, se citan los de Lord Audley, Fritzpatrick y Brodway, ocurridos los tres en Inglaterra, en el año de 1631. Lord Audley fué acusado de haber hecho violar a su mujer por uno de sus favoritos y de haber cometido actos de sodomía, amén de otros hechos terribles, de los que nos ocuparemos en el volumen XL, titulado *Los extravíos de los magnates.*

Bloch, que es alemán, dice que también la civilización alemana tuvo un período en el que las inclinaciones bisexuales de los dos sexos se manifestaron muy ostensiblemente, "sin conducir siempre, por cierto, a la práctica física de la homosexualidad. Esta



EL AMOR GRIEGO

La influencia del caso Oscar Wilde sobre la mentalidad de los homosexuales fué tal, que se llegó incluso al extremo de idealizar al amigo del escritor, encarnación del efebo.

LAMINA III



EVOCACIÓN DE LESBOS

La fantasía de una invertida imaginó esta visión magnífica de la remota Lesbos, fantasma que constituyó el eje de toda su actividad intelectual y extraña.

LAMINA IV



época tan notable—añade—fué la de las postrimerías del siglo XVIII y los comienzos del XIX."

El más caracterizado de los homosexuales alemanes de aquella época fué el célebre arqueólogo y literato Juan Joaquín Winkelmann, iniciador del nuevo Renacimiento griego y del concepto moderno del arte antiguo, a cuyo estudio dedicó toda su vida, buscando "la noble sencillez, la serena grandeza y la severa estética de la forma", de que habló Goethe en términos que nadie ha podido imitar posteriormente, porque, en realidad, había logrado fundir en una sola las dos tendencias: el clasicismo y el romanticismo.

Vinckelmann tuvo muchos amigos, a los que escribía cartas llenas de apasionadas frases de amor y de conceptos relacionados con el amor griego. Su obra, titulada *Historia del arte en la antigüedad*, es una verdadera joya de estilo y de ciencia, que sobresale de entre las muchas que dió a luz en su vida de afanoso investigador.

Justi y Moll se ocuparon de la vida de Vinckelmann, refiriendo muchos episodios, que no dejan la menor duda acerca de su homosexualidad. Sostuvo relaciones con un hombre burdo y brutal, cocinero de profesión, que había cumplido una condena por asesinato, aparte de otros delitos. Este hombre, al que Vinckelmann gratificaba espléndidamente, asesinó en Trieste a su protector, impulsado por el exclusivo móvil del robo.

Una gran personalidad norteamericana, el poeta Walt Whitman, muerto en el año 1892, dejó escritas varias obras, en las que, con tanta rudeza como naturalidad, expone los juicios más audaces acerca de la libertad en todos los conceptos, especialmente en lo que se refiere a la propia individualidad. Fué considerado como el poeta profético de la democracia, y sus teorías acerca de lo que él llamó "amor viril" han servido de motivo de discusión a muchos investigadores y de punto de partida a bastantes literatos de la homosexualidad.

Este gran artista canta una forma de amor homosexual verdaderamente extraño, ya que parece ignorar, como dice Goethe, que la amistad y la admiración estética tengan por fin las prácticas más bajas. "Es preciso tener en cuenta—dice uno de sus biógrafos—que poseía un temperamento concretamente emotivo e instintivo, desprovisto de poder analítico y accesible a toda clase de influencias, sin cuidarse de armonizarlas. Jamás se le hubiera hecho creer que propendía a la inversión sexual. Sin embargo, la verdad es que el "amor viril" ofrece en su obra un predominio que escasamente en-

cajaría en los sentimientos del "hombre de tipo social medio", que el poeta se propuso honrar. Si una persona, normalmente constituída, asumiese la franca actitud adoptada por Whitman, seguramente concedería mayor importancia a la relación sexual con la mujer y a todos los elementos implicados en el impulso de la maternidad que la que el poeta dió a estos sentimientos."

Whitman no se sintió impulsado nunca al matrimonio; pero, en cambio, tuvo seis hijos con varias mujeres. Esta circunstancia constituye una verdadera laguna en su vida, un extraño misterio que no se ha podido aclarar suficientemente, ya que también escribió cartas muy apasionadas a diversos amigos.

Hasta el final del siglo pasado, los casos de homosexualidad le los renacentistas y de los artistas célebres que siguieron aquellas teorías ocuparon la atención de los investigadores en diversos aspectos. A partir de aquella época, cuando ya la ciencia empieza a estudiar la homosexualidad desde el punto de vista en que debe analizarse, lo que coincidió con varios célebres asuntos, como el de Oscar Wilde, por ejemplo, este aspecto de la sexualidad deja de ofrecer interés inmediato, porque, dicho sea de paso, la inversión o el vicio se extienden' o, por mejor decir, salen a la luz en el teatro, en la poesía, en la literatura y hasta en la vida pública. Se vulgariza tanto lo que antes fué considerado como una modalidad exquisita del espíritu, que, al perder su originalidad, pierde también su valor psicológico, quizá demasiado alabado por los propagandistas.

Por último, el psicoanálisis asestó un golpe de muerte a los sentimientos homosexuales, al poner a la luz del día las causas "probables" de la inversión, que, no obstante su relatividad, sirvieron de sobra para delimitar los campos de la homosexualidad auténtica y el vicio o la perversión.

En España, allá por el año 1925, la persecución de que fué objeto por la dictadura un escritor homosexual puso de moda la homosexualidad y toda su literatura. Fué una buena época para ciertos escritores y para algunos editores; pero las cosas no pasaron de ahí, porque, para comprender tales fenómenos en todo su valor, o se es muy culto o se es analfabeto; es decir, inteligentes hasta la exageración o instintivos hasta el primitivismo.

# EL CASO DE OSCAR WILDE

**Su repercusión mundial y su influencia en la homosexualidad.—Acentuación de su desarrollo.—Confesión de un escritor homosexual.—Biografía de Oscar Wilde.—Su amistad con Alfredo Douglas.—La atracción recíproca.—Una carta del padre y un telegrama del hijo.—Vista del proceso.—Pruebas abrumadoras.—En la cárcel.—Muerte de Wilde.—Las notas de Frank Harris.—La mujer, incompatible con el amor.—La estética.—Homosexualidad y canibalismo**

Este célebre proceso, para el que la prensa de todo el mundo no regateó espacio ni casi ocultó detalles, por escabrosos que fueran, tuvo la propiedad de modificar bastante el criterio de las gentes acerca de la homosexualidad, que tan duramente había sido condenada en todo tiempo por los moralistas.

La calidad de los personajes y las circunstancias que concurrieron en las distintas fases del escandaloso asunto "descubrió a muchos invertidos—dice un autor—su propia perversión, de la cual tenían solamente una vaga incertidumbre, y, aunque parezca paradójico, estimuló el valor de otros reconocidamente anormales".

Según las observaciones realizadas por muchos investigadores, resulta que el desarrollo de la homosexualidad se ha acentuado en formas que antes procuraban ocultarse; a partir del proceso de Oscar Wilde, los invertidos, lo mismo en la literatura que ante los Tribunales, parecen adoptar una actitud determinada, como obedeciendo a un plan largamente meditado. Un invertido, que se ha distinguido por sus estudios acerca de las perversiones sexuales, dice lo siguiente: "Hasta el momento en que se celebró la vista del proceso Oscar Wilde, no tenía idea de la naturaleza de la ley. El problema, moral en sí—en su relación con su propia vida y con mis amigos—, le juzgaba resuelto; pero ahora se me ofrece otro problema: ¿hasta qué límite me encuentro justificado, no sólo para faltar

la ley, sino para hacer que otros más jóvenes cometan la misma falta? Nunca he consentido que el *dictum* de la ley ponga trabas a lo que yo considero desenvolvimiento moral, en cualquier joven por quien yo sea responsable. No creo que el proceso ha alterado mi norma de vida ni variado mi opinión respecto a lo que yo consideraba bueno; pero probablemente ha aguzado mi sentido de responsabilidad y me ha hecho más cuidadoso. Examinando los resultados del proceso en su conjunto, creo que ha causado un daño incalculable y ha intensificado la hipocresía, que es nuestro vicio nacional (dicho invertido era inglés). Pero también ha producido algún bien, puesto que ha dado ánimo a los que, como yo, han pensado y obrado en esta materia—que son muchos—a romper lanzas cuando sea oportuno, por lo que nos parece justo, honorable y limpio."

Toda la influencia del caso y del proceso Wilde se reflejó entonces y se advierte ahora en las declamaciones de los homosexuales auténticos y de los pervertidos viciosos, que buscan en esos placeres un marchamo de originalidad en su vida pública; el procedimiento no obstante, está en la actualidad muy fracasado. Sé de un escritor francés que, en todas sus obras, no ha hecho más que dar vueltas en torno al célebre caso: ha hecho novelas, ensayos, poesías, comedias y hasta ha dado conferencias acerca de la personlidad psicoerótica de Oscar Wilde. Y, es más: un escultor alemán le modeló en tamaño natural el retrato de Alfredo Douglas, el amante de Wilde, del que dice que "es la esencia plástica del más puro amor griego". (Lámina III.) Por lo demás, el escritor citado, aunque es soltero y vive solo, jamás ha tenido relaciones homosexuales, mientras que hay tres chiquillos que le llaman, con derecho, papá...

El más apasionado biógrafo del autor de *El retrato de Dorian Gray, El abanico de lady Windermere, La importancia de llamarse Ernesto* y otras tantas magníficas joyas de la literatura universal, fué el escritor Frank Harris, gran amigo "heterosexual" de Wilde, y de cuya obra *Vida y confesiones de Oscar Wilde* vamos a reproducir lo más interesante de todo aquel apasionante asunto, que puso sobre el tapete de la conciencia mundial la cuestión de la homosexualidad.

Fué en otoño de 1891—dice Harris—cuando, por primera vez, encontró Oscar Wilde a lord Alfredo Douglas. Tenía Oscar treinta y seis años, y Douglas era un mozo guapo y grácil, de veintiuno, con grandes ojos azules y cabellos dorados...



Su madre, lady Queensberry conserva una fotografía suya de cuando era alumno del colegio de Winchester; un efebo de dieciséis años, con una expresión que, sin exagerar, puede calificarse de angélica. Cuando yo le conocí, dice Ross, era aún bonito como una muchacha, con la belleza, los colores y la tez de la juventud, aunque sus facciones no pasaran de corrientes.

Oscar se sintió atraído por la belleza del mancebo y por su nombre aristocrático. El muchacho le manifestó una gran admiración, se quedaba pendiente de sus labios, con el alma en los ojos; sin contar que también demostrara una gran inteligencia en sus apreciaciones, acabando por confesar que hacía versos y que era un apasionado por la literatura. Aún no habían hablado mucho tiempo cuando ya se declararon su admiración apasionada. Oscar había conquistado la originalidad de pensamiento, y poseía la cultura y la erudición; Alfredo tenía la juventud, el linaje, la belleza, con un encanto femenino y un modo insuperable de expresión.

Por curioso contraste, Oscar era de un carácter tan amable y fácil como el otro arrogante, temerario, testarudo y despótico.

Años más tarde, Oscar confesó a Frank Harris que su amigo le asustaba tanto como le atraía. Y agregaba: "Me asustaba tanto como me atraía, y traté de evitarlo. Pero él no cejaba; me perseguía obstinadamente y no supe resistirle. Esta es mi única falta. Esto es lo que ha traído mi ruina. Me indujo a gastos que excedían de con mucho a mis medios. En muchas ocasiones intenté librarme de él, pero él volvía y yo acababa siempre por ceder."

Otro efecto de esta "amistad" tuvo por consecuencia el aumento de gastos por ostentación y por prodigalidad de Alfredo Douglas, que hacía pasar a Oscar grandes dificultades económicas, obligándole a escribir sin interrupción. Su intimidad tuvo otros resultados peores, que no expondremos en detalle. No tuvo más remedio que frecuentar el trato con jóvenes de la más baja categoría; pero, como nadie le conocía, sus hechos y gestos apenas retenían la atención en Douglas. No así en Oscar Wilde, ya famoso, cuyos actos provocaban comentarios no muy favorables a su reputación moral.

La amistad de Wilde con Douglas exasperó al padre de éste, el noble lord, duque de Queensberry, ya de natural carácter impetuoso, y le obligó a abandonar tan sospechosas relaciones en términos radicales. He aquí algunas líneas de una carta que el lord envió a su hijo:

"...Es necesario que esa amistad cese o te negaré e interrum-

piré toda ayuda económica. No quiero intentar el análisis de esa amistad y no hago ninguna acusación; pero, a mi parecer, las apariencias son tan graves como la realidad. Por mis propios ojos os he visto a los dos, delatando de la manera más baja, más repugnante vuestras relaciones íntimas. No es raro que la gente hable, como lo hace. También he sabido de buena fuente que su esposa (la de Wilde, ha pedido el divorcio contra él, por sodomía y otros vicios. ¿Es verdad esto, o acaso lo ignoras? Si esta acusación es fundada y se hace pública, estaré en mi perfecto derecho pegándole un tiro dondequiera le encuentre. Estos cristianos ingleses (Queensberry era irlandés), que son unos cobardes, y no tienen de hombre más que el nombre, necesitan que se les despierte. Tu asqueado padre a la fuerza, *Queensberry.*"

En respuesta a esta carta, Alfredo Douglas telegrafió: "¡Qué hombrecito tan cómico eres!—*Alfredo Douglas.*"

Este telegrama fué calculado para volver loco de rabia al lord, pero los resultados fueron fatales para el hijo, que hubo de salir de Inglaterra, y para Oscar, que recibió la visita del propio padre ofendido, dando lugar a una escena violenta, de la cual se siguió, después de varios incidentes, el proceso que le había de costar al escritor célebre su ruina moral y material.

La vista del proceso tuvo lugar en la Sala de lo criminal, el 3 de abril de 1895. Presidía el juez Mr. Collins, actuando como acusador Mr. Carson, el cual dió lectura a la siguiente carta de Wilde a Alfredo Douglas: "Queridísimo chiquillo: Tu carta era deliciosa, vino rojo y dorado para mí; pero me siento triste e indispuesto. Alfredo, no me hagas más escenas. Me matan, me echan a perder la belleza de la vida. No puedo verte, tan griego, tan grácil, desfigurado por la cólera. No puedo oír las cosas horribles que tus labios, de curva perfecta, me dicen. Preferiría hasta el *chantage* a verte amargo, injusto, odiándome... Necesito verte pronto. Eres el ser divino que deseo: el ser genio y belleza; pero no sé qué hacer para ello. ¿Debo ir a Salisbury? Mi cuenta aquí es de 49 libras a la semana. Tengo, además, otro saloncito... ¿Por qué no estás aquí, chiquillo querido y maravilloso? Temo no tener más remedio que irme. Ni dinero, ni crédito y un corazón de plomo. Tuyo, *Oscar.*"

Al final de los debates, Mr. Carson expuso que esperaba haber demostrado suficientemente al Jurado que, en lo que le concernía, lord Queensberry estaba absolutamente justificado de haber obrado



como lo hizo, tratando de poner fin a las relaciones de Oscar Wilde con su hijo.

Después de un silencio dramático, el hábil abogado continuó anunciando que, por desgracia, aún le faltaba tratar la parte más penosa del asunto. Tenía el deber de traer ante el Jurado, una tras otra, a aquellas personas a propósito de las cuales interrogara a Oscar Wilde, quienes contarían por sí mismas su historia.

Ninguno de aquellos mozos era, en ningún sentido, el igual del procesado. Este había dicho a los jurados que encontraba en la juventud una belleza y un encanto que le habían incitado a relacionarse con aquellos mozos. Esta parte de la prueba fué fatal para Wide. Un silencio de estupefacción y de angustia reinaba en la Sala.

Todos se pregutaban qué extraña aberración había podido empujar a Oscar para entablar su demanda, qué locura le había podido obligar a seguir los consejos insensatos de quienes así le aconsejaron, cuando él debía saber mejor que nadie la clase de testimonios que contra él podían invocarse.

Finalmente, el Jurado dictó veredicto de absolución para lord Queensberry, y este veredicto fué la perdición de Oscar Wilde, pues significaba que el padre de Douglas había logrado justificar su acusación.

De todos modos, el prejuicio contra Wilde se manifestó durante la vista sobradamente. Así como el juez, Collins, no trató de acallar los aplausos que acogieron el triunfo de lord Queensberry, ninguno de los policías intentó apaciguar afuera los denuestos de la muchedumbre, que persiguió a Oscar con gritos obscenos cuando abandonó la Sala del Tribunal. Estaba ya juzgado y condenado, antes de comparecer, por la opinión.

Para el temperamento delicado de Oscar Wilde, la condena, de dos años de trabajos forzados, no pudo ser más terrible. Frank Harris refiere su entrevista con él en la prisión.:

—¿Cómo soportó usted los primeros días—le preguntó.

—Muriendo—contestó Wilde—. Morí y resucité, como ciertos moribundos. Un domingo, por la mañana, después de una noche malísima, no pude ya levantarme. El carcelero entró en mi celda, y, al decirle yo que estaba enfermo, me contestó: "Más vale que se levante." Pero yo no me encontraba en condiciones. "No puedo—le contesté—, haga usted de mí lo que quiera." Media hora después, apareció el médico a mi puerta, y, desde el umbral, sin dignarse entrar, me gritó: "¡A levantarse; aquí no valen esas tretas! Está

usted perfectamente. Si no se levanta será usted castigado." No tuve más remedio que levantarme, pero me sentía tan débil que caí al suelo y me lastimé. Me llevaron a la capilla a oír los himnos que allí se atreven a cantar en loor de su Dios implacable... Allí caí nuevamente en tierra, y cuando volví en mí, me encontré acostado en la enfermería. ¡Era el paraíso! Allí pude comer pan blanco. ¡Tenía tanta hambre!

El 19 de mayo de 1897 sale Oscar Wilde de su prisión, cumplida su condena, e inmediatamente pasa a Dieppe, instalándose en la aldea marítima de Berneval, en el chalet de Bourgueat, bajo el nombre de Sebastián Melmoth. En septiembre fué a Nápoles, a reunirse con su amigo, Alfredo Douglas, permaneciendo allí hasta el mes de diciembre.

Abandonado por Alfredo, regresa Wilde a Francia, dirigiéndose a París, y se aloja en el hotel de Nice. El 7 de abril fallece en Génova su mujer, Constanza Mary Lloyd, y en enero, viaja por la Costa Azul con su amigo Frank Harris.

Después de muchas penalidades, murió Wilde a las dos de la tarde del 30 de noviembre de 1900 en el hotel D'Alsace, 13, rue des Baux-Arts, de París. El 3 de diciembre tuvo lugar el entierro, saliendo la comitiva fúnebre a las siete de la mañana. Los funerales se celebraron en la iglesia de San Martín des Prés, a la que asistieron cincuenta y seis personas. A continuación, la comitiva se dirige al cementerio de Bagneux. Hubo veinticuatro coronas de flores, algunas de mandatarios anónimos. Quedó enterrado en la sepultura número 17, y el 20 de julio de 1909 sus restos se trasladaron al cementerio del Père Lachaise. En marzo de 1915, el hijo mayor de Oscar Wilde, Ciryl Wilde, murió en el frente francés.

De la biografía de Frank Harris extraemos los siguientes curiosos datos de la vida de Wilde:

"Oscar Wilde jamás distribuyó elogios más que a las grandes damas y a las actrices famosas, como Ellen Terry o Sarah Bernhardt. Era exquisito por naturaleza, su verdadero lazo que le unía a la sociedad inglesa. Por lo demás, tenía un desprecio arraigado por las mujeres y el cerebro femenino, hasta el punto de que una vez dijo: "Es como una mujer, seguro de recordar lo fútil y olvidar lo importante."

Y en otra ocasión, hablando con Harris:

—Hablábamos del amor y yo te permití oponer la mujer al efebo; pero todo ello es un puro disparate. La mujer no está hecha para el amor; ni siquiera es un buen instrumento de amor.



—Hay hombres—replicó Harris—que se cuidan más de la persona que del placer, y otros que...

—Sí, sí—interrumpió impaciente—; pero se trata de eso. Quiero decir que la mujer no está hecha para la pasión ni para el amor, sino para la maternidad.

"Cuando yo me casé, mi mujer era una muchacha bonita, blanca y esbelta como un lirio; de ojos vivos y risa alegre como una música. En poco tiempo, su gracia de flor se marchitó; se volvió pesada, deforme; se arrastraba por la casa con dificultad, toda dolorida, con las facciones desencajadas, la tez descolorida, el cuerpo horrible, todo ello a causa de nuestro amor.

"Yo me esforzaba en ser bueno con ella; me obligaba a tocarla, a besarla; pero ella sentía náuseas continuas, y...

"No, prefiero no evocar esos recuerdos; es demasiado repugnante.

"Yo acostumbraba a lavarme la boca y abría la ventana para purificar mis labios con el aire. ¡Ah! La Naturaleza es abyecta. Toma la belleza y la mancilla; y el cuerpo de marfil que habíamos adorado, lo marca con las atroces cicatrices de la maternidad...

"Profana el altar del alma. ¿Cómo podría llamarse amor a una intimidad semejante? ¿Cómo es posible que se la idealice?

"No, el amor no es posible al artista, sino estéril.

—Y los sufrimientos, ¿no te la hicieron más querida? ¿No suscitaron en ti esa piedad que tú acostumbra a llamar divina?

—La piedad, Frank—exclamó con impaciencia, no tiene nada que ver con el amor. ¿Cómo se puede desear lo que está desfigurado, deforme, horrible? La maternidad mata el deseo, la concepción sepulta la pasión.

Y se levantó bruscamente.

Al fin comprendía Frank su motivo dominante, su amor griego a la forma; su culto intolerante de la belleza física, que no se cuidaba para nada de la felicidad y el bienestar del ser amado.

—No te hablaré más, Frank, de esto. Soy como el persa, que, viviendo del calor y adorando al sol, hablase a un esquimal, que le responde elogiando el aceite de ballena y las noches de seis meses pasados en hediondas barracas de hielo. Hablemos de otra cosa.

En otra ocasión, y hablando también con Frank Harris, dijo:

—Lo que tú llamas vicio no es vicio; o, por lo menos, fué un

vicio que tuvieron conmigo César, Alejandro, Miguel-Angel, Shakespeare. La Iglesia fué la primera en hacer de él un pecado, para que luego, en época más reciente, los godos, esto es, los alemanes y los ingleses, que apenas han hecho nada por exaltar los ideales de la Humanidad, lo convirtieran en un crimen. Condenan todos los pecados que a ellos les tientan; de ahí su moral acomodaticia. ¡Raza brutal, que se atraca y se emborracha y condena las concupiscencias de la carne, mientras se revuelca en los más viles pecados del espíritu!

"Si leyesen el capítulo XXIII del Evangelio de San Mateo y se lo aplicasen a sí mismos, algo más ganarían que condenando un placer que son incapaces de comprender.

"Bentham mismo se ha negado a insertar en su Código penal lo que tú llamas un vicio, y tú mismo has admitido que no se le debería castigar como un crimen, ya que no hace caer en tentación. Tal vez sea una enfermedad; pero, en ese caso, es una enfermedad que no ataca sino a los seres más nobles.

"Es una infamia castigarlo. El cerebro humano no podría encontrar un solo argumento que justificase su castigo.

—No olvides—repuso Harris—que las prácticas que defiendes han sido condenadas por un centenar de generaciones de las razas más civilizadas.

—Simple prejuicio de los ignorantes, Frank.

—Pues tal prejuicio, si lo fuera, es más fuerte que miles de razones. La Humanidad va trepando penosamente una cuesta abrupta, que conduce del bruto a la divinidad, y con frecuencia, a veces, toda una raza ha resbalado de nuevo; pero eso no quiere decir que ese vicio no deba ser condenado por la razón y que su repulsión instintiva abomine de él.

—Bella retórica—replicó Wilde—. Jamás había oído tal defensa del prejuicio; tú admites que no lo apruebas, ¿por qué? Porque tú estás instruído, porque tú sabes que la pasión sentida por Sócrates no era una pasión vil, y que la debilidad, si la llamamos así, de César, de Miguel-Angel o de Shakespeare, no era despreciable. Si el deseo no es la característica de la más alta humanidad, al menos es compatible con ella.

—Eso no puedo yo admitirlo—repuso Frank—. Ante todo, dejemos a Shakespeare, pues tendríamos que obtener pruebas de su culpabilidad y no existen. En cuanto a los demás, no es copiando los vicios y debilidades de los grandes hombres como podremos igualarles. Y supón que nuestro destino sea superarles, en cuyo caso no debemos tener sus debilidades. Tu vicio, como el canibalismo, está desapareciendo. Las razas superiores no lo practican ya.



—Eres amargo, Frank; casi insultante.

—Perdóname, Oscar, te lo ruego; pero quisiera que abrieses por fin los ojos y vieras las cosas tal como son.

—Pero, Frank, yo pensaba que tú estabas de nuestro lado, que tú reprobabas, al menos, el castigo y no creías en la bestialidad de la pena.

—Cierto; rechazo la idea de todo castigo—replicó—. El amor y no el odio es lo que salva a los hombres. Creo también que está cercano el tiempo en que entrarán en vigor leyes mejores, y, sobre todo, aborrezco un castigo que cae sobre un hombre, sobre un artista como tú, sin tener en cuenta las obras bellas que has producido. Siempre ha de parecer monstruoso que te haya tratado como un malhechor. La rigidez inglesa no ha sido sino hipocresía puritana, estrechez de miras y fatuidad de raza."

En este plan continúa el diálogo de los dos hombres: el invertido y el normal, que jamás llegan a ponerse de acuerdo, porque sus puntos de vista, aun dentro de los límites de la más estricta espiritualidad, son diametralmente opuestos.

Ese argumento, esgrimido por Frank, de que se debió tener en cuenta las obras bellas que Wilde produjo, fué la única disculpa que los defensores pretendieron hacer valer, bien poco en verdad; la ciencia, que apenas si medió en este caso, es fácil que hubiera logrado llevar al ánimo de los jueces una comprensión más humana de aquella inclinación, que no se podía estimar como legítima en nombre sólo del clasicismo griego.

Los jueces ingleses no son, como, por ejemplo, los franceses; en Francia este caso hubiera tenido una resonancia bien distinta. Pero si esos jueces no fueron razonables, a Oscar Wilde, dígase cuanto se quiera, tampoco es posible afirmar que le sobrase la razón...

# EL DRAMATICO AMOR DE LOS HOMOSEXUALES

**Antinoo y Adriano y Dufrenne y el marinero.—El crimen por celos de un invertido.—Una carta.—Declaración del criminal.—El asunto Olmstead-Clifford.—La historia de Olmstead.—Su confesión.—El reconocimiento de su trastorno.—Explicación del crimen y el suicidio.—La mandíbula inferior de los invertidos.—Una reclamación a un director de Correos.—La princesa invertida.—El supuesto suicidio y el homicidio frustrado**

Desde que Antinoo se suicidó por el amor voluble de Adriano hasta el caso de actualidad palpitante del asesinato de Oscar Dufrenne, director del Casino de París, creador de la fama de Mauricio Chevalier e invertido conocidísimo de la Policía, han ocurrido muchas tragedias homosexuales, porque en la inversión, los amores y las pasiones alcanzan un grado de violencia que no se observa en el amor normal.

Claro es que Antinoo se suicidó por amor y Dufrenne murió a manos de un marinero, un *matelot* cualquiera, según unos, y un cargador del Sena, según otros, que seguramente vivía también del amor de una honrada prostituta de los muelles. Desconozco en absoluto detalles de la vida de Dufrenne, y hasta ahora parece que la Policía de París no ha logrado poner en claro las circunstancias del suceso, que seguramente serán tan vulgares como todas las que son comunes a esta clase de delitos.

En una ciudad suramericana apareció muerto en un jardín un célebre escritor alemán, que se encontraba en el país realizando estudios arqueológicos en las ruinas de una antiquísima ciudad. En la cartera llevaba varios miles de dólares y en la cobarta un magnífico alfiler de brillantes; todo esto descartaba en absoluto la hipótesis del móvil del robo, que es con mucha frecuencia la causa del asesinato de muchos homosexuales.

No se le conocían enemistades, y, lejos de esto, era consideradísimo en los círculos sociales y literarios de la ciudad por su carácter afable y su gran inteligencia, lo que le permitió introducirse en la sociedad de las familias más distinguidas, donde contaba con muchos amigos.

Unos de estos amigos, seguramente el predilecto, era un italiano, hijo de un alto personaje diplomático, muchacho de veinte años, tímido, reservado y muy elegante; aficionado a la pintura y de costumbres un tanto extrañas. Se decía de este joven que jamás había frecuentado la sociedad de las mujeres, y que sus hábitos no parecían demasiado masculinos para interesar sinceramente a las jóvenes casaderas de aquella ciudad, de medio centenar de miles de habitantes, escasa población, en la que se conocía la vida de todos los que la formaban.

La Policía practicó averiguaciones, y fué detenido el capataz de unas excavaciones que se realizaban bajo la dirección del escritor y arqueólogo, el cual fué amonestado por el alemán por haber interpretado mal unas órdenes que éste le había dado. Se creyó que la reprimenda podría haber dado lugar a un deseo de venganza, satisfecho con el asesinato.

Este capataz había sido colocado en las obras por recomendación del joven italiano, y su conducta fué siempre intachable. No obstante, cuando la Policía se presentó en las obras a detenerle, el hombre no opuso la menor resistencia, y aunque no confesó que él hubiese sido el autor del asesinato, tampoco pareció defenderse con demasiada energía. Los periódicos dieron cuenta del descubrimiento del criminal, y el apasionante suceso terminó por ser olvidado en el ambiente reducido de la ciudad, cuya atención necesitaba de excitantes nuevos.

Todo parecía solucionado, hasta que llegó la hora de la vista de la causa en el Tribunal Superior, circunstancia que vino a resucitar los recuerdos del ya lejano suceso, puesto que habían transcurrido más de diez meses. Los magistrados, que seguramente se conformaron con las informaciones de la Policía y las actuaciones del juez instructor, se limitaron a emitir veredicto, consistente en unos meses, por haber concurrido la circunstancia atenuante de la legítima defensa, según se deducía de las actuaciones originales. El reo se conformó con la pena, y siguiendo la misma norma de conducta que había observado desde que ingresó en la prisión, se



limitó a hablar por medio de monosílabos, incluso con el mismo abogado encargado de su defensa.

Precisamente por aquellos días llegó a la ciudad un pariente del muerto, que había ido con objeto de hacerse cargo de los trabajos de investigación que dejó empezados el arqueólogo, a fin de continuar la interesante labor iniciada por aquél, y acerca de la cual ya había publicado trabajos en diversas revistas literarias de su país y de otros de Europa. Un día, buscando entre los papeles del muerto, encontró una carta, que no tendría más de media docena de líneas, en la que, poco más o menos, decía: "Tu comportamiento de anoche con la señorita de Z, me induce a pensar que todo ha terminado entre nosotros, y como no soy hombre que tolera *determinadas rivalidades,* te advierto, por última vez, que si tú no pones remedio, lo pondré yo cuando menos lo pienses."

Dicha carta no tenía firma ni fecha, pero "estaba escrita por un hombre". Tal detalle no extrañó nada al pariente del muerto, ya que conocía sus inclinaciones homosexuales, y creyendo que acaso aportara un dato de valor para el total esclarecimiento del crimen, marchó a ver al juez que había tramitado el sumario. Dicho funcionario no creyó encontrar nada nuevo en aquella aportación, puesto que, a su juicio, el crimen había sido motivado por una venganza del capataz.

El pariente, por una parte, prefirió que las cosas quedasen así en el ánimo del juez, a fin de no echar más vergüenza sobre la memoria del muerto; pero, dispuesto a desentrañar el misterio que, a su juicio, rodeaba a aquella muerte, se puso de acuerdo con un agente de policía, más que nada, para descubrir al inductor del hecho, ya que el autor material era el capataz que se hallaba próximo a salir de la cárcel.

Después de realizar muy hábiles investigaciones, quedó demostrado que la letra de aquella carta y la de un manuscrito del joven italiano eran de la misma persona. El director de un periódico donde colaboraba dicho individuo facilitó un trabajo escrito por el autor de la carta. En adelante, la labor policíaca no ofreció gran dificultad, y un interrogatorio estrechísimo del capataz preso dió por resultado la comprobación de que era completamente ajeno al suceso como autor material, si bien fué testigo de una parte del drama, cuando el asesino huyó después de haber disparado los tiros que llamaron la atención del capataz de las excavaciones. Este hombre, cuyos padres habían recibido muchos favores de la familia del

criminal, y al que profesaba entrañable afecto, se confesó culpable cuando vió que, de seguir las actuaciones policíacas, se acabaría por descubrir al asesino.

Puesto todo en claro, el joven italiano confesó que le había matado "porque no podía vivir sin su amistad". Esta simple disculpa no convenció a los jueces, que, por fin, le arrancaron la confesión de que hacía bastante tiempo mantenía relaciones inconfesables con el muerto, el cual le había expresado en distintas ocasiones su propósito de contraer matrimonio con una joven de la localidad.

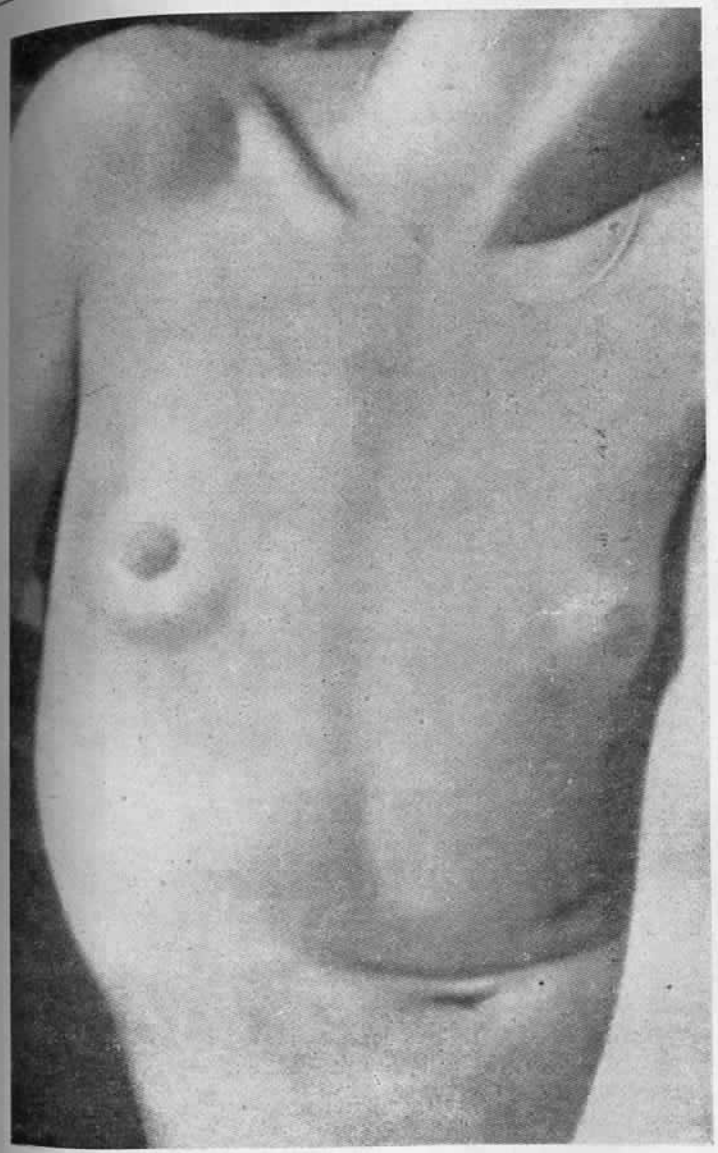
Intervinieron los médicos, y en la vista de la nueva causa se arreglaron las cosas de tal forma que el criminal fué declarado irresponsable. Pero, a pesar de ello, cuando fué puesto en libertad vigilada, no pudo soportar el desprecio de que le hicieron objeto sus antiguas amistades, y, marchando al cementerio, se suicidó, de un tiro en el corazón, sobre la tumba de su amigo.

Un caso interesantísimo, que refiere Havelock Ellis, es el siguiente:

"El 28 de marzo de 1894, al mediodía, en una calle de Chicago, Guy T. Olmstead disparó un revólver sobre un cartero, llamado William L. Clifford. Se le acercó por detrás, y deliberadamente le disparó cuatro tiros; el primero penetró por la región lumbar y los otros tres por detrás de la cabeza; el cartero cayó, al parecer, mortalmente herido. La gente se aglomeró rápidamente, lanzando el grito acostumbrado: "¡Lincharle!". Olmstead hizo muy poco por escapar; conservando el revólver en la mano, exclamó: "No me quitéis el revólver, dejadme concluir lo que tengo que hacer." Estas palabras eran, sin duda, una alusión, según veremos más adelante, al propósito de suicidarse. Sin embargo, subió rápidamente al coche celular, contento de librarse de la muchedumbre amenazadora.

"Olmstead tenía treinta años; nació cerca de Danville (Illinois), en cuya ciudad vivió algunos años. Sus padres eran también oriundos del Estado de Illinois. Hace veinte años su padre estuvo a punto de asesinar de un tiro a un rico negociante en carbones, inducido, según se dice, por una sociedad secreta, compuesta de cien preeminentes ciudadanos a quienes la víctima molestaba con pleitos entablados por causas triviales. El agredido se puso loco, pero el criminal no sufrió ningún castigo, muriendo en 1878, a la edad de cuarenta y cuatro años. Este individuo tuvo otro hijo, a quien se tenía por excéntrico. La madre vive aún.

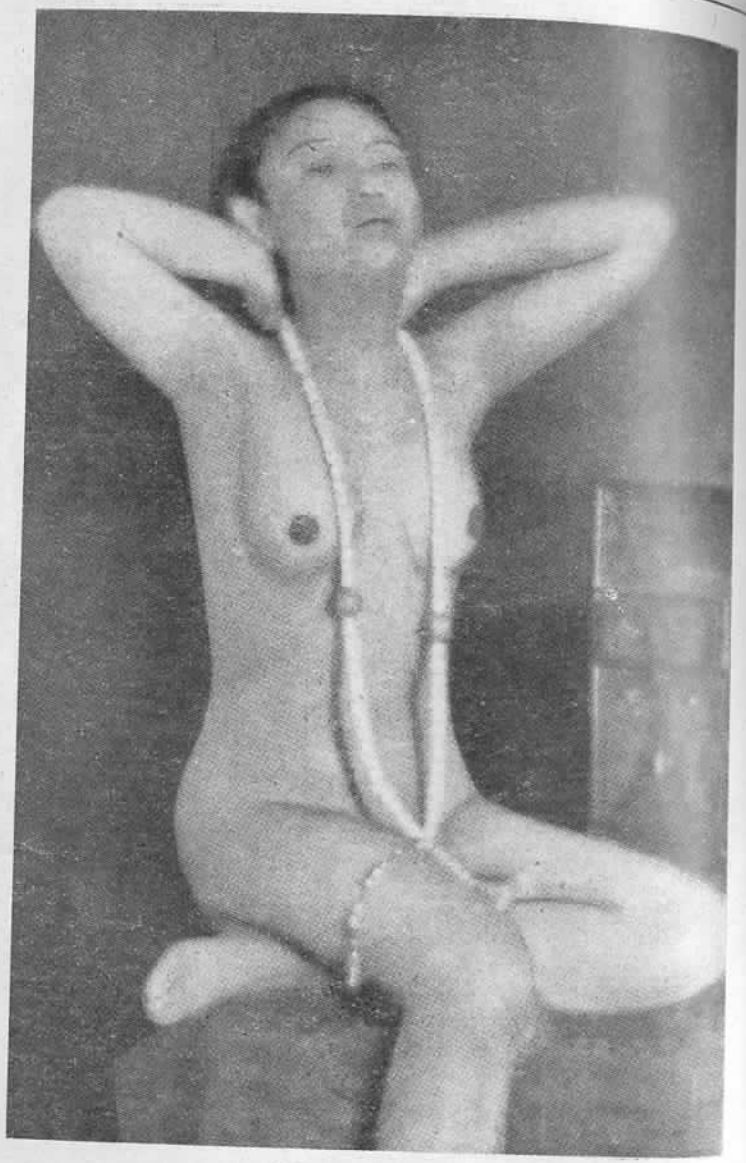
"Olmstead comenzó a mostrar signos de perversidad sexual a la



ANATOMÍA DE UNA INVERTIDA

Uno de los caracteres más destacados de la inversión sexual congénita de defecto glandular se contiene en la atrofia de los pechos, que a veces son más pequeños que los de un hombre.

LAMINA V



LITERATURA CHINA

Ilustración de un libro de poemas sobre la homosexualidad de la mujer china, en los que la imaginación del autor describe los hechos más opuestos a la realidad.

LAMINA VI



edad de doce años. Fué seducido (por lo menos eso pensamos) por un hombre que ocupaba el mismo dormitorio. Con los datos de que disponemos no es posible construir la historia de los primeros años de Olmstead. Al parecer, comenzó su carrera desempeñando una escuela de Connecticut, donde se casó con la hija de un próspero labrador; al poco tiempo, "se enamoró" de un primo de su mujer, de quien dice que era muy hermoso y joven. Este episodio provocó la separación de los cónyuges; el marido se marchó al Oeste.

"Nunca se le consideró en estado de perfecta razón, y en octubre de 1886 le encontramos en el manicomio de Kankakee. El intendente del manicomio, doctor Ricardo Dewey, nos ha facilitado una historia del paciente. Su enfermedad databa de tres años y se atribuía a mala salud general, herencia dudosa; hábitos normales; profesión, maestro de escuela. Se diagnosticó la paranoia. Cuando ingresó en el manicomio estaba muy irritable, alternativamente excitado y deprimido. Próximamente a los dos años se le dió de alta, curado al parecer.

"La historia de Olmstead, durante algunos años después de su estancia en Kankakee, es muy incompleta. En octubre de 1892 era cartero en Chicago. En el verano siguiente se enamoró apasionadamente de su compañero William Clifford, que también había ejercido anteriormente la profesión de maestro de escuela. Durante algún tiempo, Clifford correspondió, al parecer, a la pasión de su amigo, o, por lo menos, se sometió a sus deseos; pero, repentinamente, puso término a las relaciones y aconsejó a Olmstead que se sometiera a un tratamiento médico, ofreciéndose a pagar los gastos que originase. Olmstead continuó escribiendo a su amigo cartas del más apasionado carácter y siguiéndole a todas partes, hasta hacerle insoportable su molesta asiduidad. En diciembre entregó al director de Correos las cartas de Olmstead, y, en consecuencia, se le exigió a éste su dimisión.

"Entretanto, obedeciendo a consejos de sus amigos ingresó en un hospital, y, a mediados del mes de febrero de 1894, se le extirparon los testículos. No disponemos de las notas clínicas del hospital relativas a este caso. El efecto de la operación no fué beneficioso, sino todo lo contrario, dando origen a una melancolía histérica. Poco después volvió al hospital. En 19 de marzo, estando en el hospital de la Merced, en Chicago, escribía el siguiente párrafo al doctor Talbot: "Regresé a Chicago el miércoles pasado, por la noche, pero me sentí tan mal que decidí entrar en un hospital, e

ingresé en el de la Merced, que es de los mejores. Pero imagino que, respecto a esperanzas de curación, lo mismo hubiera importado ir a Hades. Soy completamente incorregible, incurable en absoluto. Creí por un momento que estaba curado, pero me equivoqué; después de haber visto a Cliffoord, el jueves pasado, me siento infinitamente peor; mi pasión por él aumenta. Sólo Dios sabe lo que yo he luchado para transformarme en un ser decente, pero mi vileza es irremediable y nada me queda sino morir. Dudo si los médicos sabrán que, después de la emasculación (castración), eran posibles la erección, la masturbación y la pasión sexual. Me avergüenzo de mí mismo; me causo horror, pero nada puedo remediar. Yo no tengo cura; soy una criatura grande, gorda, estúpida, sin salud y sin fuerza, que se repugna a sí mismo. No tengo derecho a vivir, y creo que la gente hace bien en insultarme y condenarme. Yo sé que este mal es innato y que me dejará cuando exhale mi postrer suspiro. Y esta convicción es para mí más dolorosa teniendo la certeza de que hubiera sido toda mi vida un caballero si no me hubiera afligido este horror, que me ha impulsado al suicidio, que me ha encerrado durante tres años en un manicomio y encarcelado en una celda de Connetticut durante tres semanas. Tengo amigos entre la gente educada, toco el piano, amo la música, los libros y todo lo que es bello y elevado; a pesar de todo, no puedo elevarme, porque este inmenso peso de vileza innata me arrastra y me impide disfrutar de la vida. Los médicos solamente entienden y conocen mi impotencia ante este monstruo. Medito y me atormento, hasta que mi cerebro enloquece, y me salta el deseo de publicar a voces mi desgracia." Esta carta se escribió algunos días antes del crimen.

"Llevado a la comisaría, Olmstead rompió a llorar, exclamando: "¡Oh, William, William! ¡Por qué no me matáis y me dejáis reunirme con él!" (En este momento suponía que Clifford había muerto.) Se le encontró una carta, que decía lo siguiente: "Merced, marzo 27. Para quien quiera leer. Temiendo que los motivos que me han obligado a matar a Clifford y a suicidarme puedan ser mal interpretados, escribo esta carta para explicar la causa del homicidio y del suicidio. El verano pasado, Clifford y yo nos hicimos amigos y nuestra amistad se tornó en amor." Luego describe en detalle su amistad y continúa: "Tocando una rapsodia de Listz para que la oyera Clifford, éste me dijo, después de oírla varias veces, que cuando llegase la hora de morir, se alegraría de que muriésemos juntos oyendo tan gloriosa música. El momento de morir ha



llegado, pero la muerte no llegará acompañada de música. El amor de Clifford, ¡ay de mí!, se ha convertido en odio. No sé por qué Clifford cortó repentinamente nuestras relaciones y nuestra amistad." En la celda fué presa de violenta excitación e intentó suicidarse varias veces y fué preciso vigilarle estrechamente. Algunas semanas después escribía al doctor Talbot: "Cook, cárcel del Condado, 23 de abril. Me parece que me he olvidado de usted no escribiéndole en todo este tiempo, aun cuando no le importe tener noticias mías, porque yo no he hecho otra cosa que abusar de la bondad de usted. Pero hágame el favor y la justicia de pensar que yo jamás esperaba esta desgracia, sino que me figuré que William y yo estaríamos a estas horas en paz en nuestras tumbas. Pero mis planes fracasaron miserablemente. El pobre Will no estaba muerto y yo fuí amarrado antes de suicidarme. Yo creo que Will se pegó un tiro y estoy cierto que otras personas lo creerán también cuando toda la historia se aclare en la vista de la causa. No comprendo la sorpresa y la indignación que mi acto provocó en la gente, porque era perfectamente razonable que Will y yo muriésemos juntos, cosa que no es de la incumbencia de nadie. Yo creo que el pobre muchacho acabará por matarse; cuando, en noviembre, impulsado por la pena y la cólera, descubrí nuestras relaciones a sus parientes, se sintió tan atemorizado y furioso a la vez, que quiso que nos matáramos. Yo accedí gustoso a su propósito de suicidarnos; pero, a los dos o tres días, cambió de opinión. Me alegro que Will no haya muerto y también de que yo estoy vivo, a pesar de la perspectiva de muchos años de prisión; pero los sufriré por su amor alegremente. Y, sin embargo, su influencia me ha dominado en cuerpo y alma tan completamente durante los últimos diez meses, que si yo he obrado bien a él se deben mis buenas obras, y si he obrado mal, él tiene la culpa del daño causado, porque no he sido dueño de mí, sino una parte de él, y muy feliz de sumergir mi individualidad en la suya."

"Olsmtead fué juzgado, a puerta cerrada, en julio. Ningún hecho nuevo se reveló en la causa. Se le sentenció a reclusión en un manicomio de criminales. Al poco tiempo, estando aún en la cárcel de Chicago, escribió otra vez al doctor Talbot: "Como usted se ha interesado en mi caso, desde el punto de vista científico, le diré que hay algún pequeño detalle que pudiera relatarle y que he callado por la vergüenza que me causaba admitir ciertos hechos y aspectos de mi deplorable debilidad. Entre los contados pervertidos sexuales que yo he conocido, he notado que todos ellos tienen el

hábito de cerrar la boca con frecuencia de manera que el labio inferior sobresale del superior. (Ordinariamente, debido al escaso desarrollo del maxilar superior.) Noté esta peculiaridad en Mr. Clifford antes de intimar con él y lo he observado en mí algunas veces. Antes de la extirpación, mis testículos se hinchaban y me causaban dolores; después de la operación, me parece que aún me mortifican, del mismo modo que algunos se quejan de dolores en una pierna amputada. También las mamas solían hincharse, enrojeciéndose y poniéndose duros los pezones. Después de operado no me he visto libre ni un solo día de dolores agudos fulgurantes, que se extienden desde el abdomen al escroto, siendo más fuertes en la base del pene. Ahora, que mi suerte está decidida, diré que mi pasión por Mr. Clifford está desvaneciéndose, pero no puedo asegurar si esta mejoría será permanente. No siento pasión por otros hombres, y ahora que sobrevivo, o, por lo menos, domino la que me ligaba a Clifford, comienza a renacer mi esperanza. A nadie he hablado de esta mejoría, porque deseo que la gente me crea loco todavía y me libre de la penitencia. Me doy cuenta de que estaba loco cuando traté de matar a Clifford y de suicidarme, y de que no merezco el terrible castigo de ser recluído en una prisión del Estado. Creo, sin embargo, que la operación y la subsecuente enfermedad, más bien que la pasión por Clifford, fueron la causa de mi locura. Me gustaría saber si usted considera la perversión sexual como una clase de locura."

"Después de concluir su reclusión en el manicomio para criminales, Olmstead regresó a Chicago y reclamó sus testículos al director de Correos, a quien acusó de conspirar sistemáticamente contra él. Aseguraba que dicho funcionario era uno de los principales agentes de una conspiración tramada contra él desde antes de su castración. Se le envió de nuevo al hospital de locos de Cook. Es probable que al presente la paranoia se habrá declarado por completo."

En las mujeres también puede el amor homosexual llegar a estos extremos trágicos, pero ello se observa con menos frecuencia que en los hombres. Lombroso, en *La mujer criminal*, refiere la historia siguiente: "La princesa X, de cincuenta años de edad, había tenido varios amantes masculinos, con los que se comportó con la mayor lascivia. Un coronel, que había tenido relaciones íntimas con la princesa, le confió al morir a una hija suya, llamada Carlota, de veintitrés ños de edad, histérica, pero dotada de una cultura y una inteligencia poco comunes. Al cabo de poco tiempo, Carlota se



convirtió en amiga íntima y compañera inseparable de la princesa, hasta el extremo de que ésta no podía vivir separada de ella un momento, durmiendo juntas y yendo unidas a todas partes. Cuando la joven trataba de oponerse al desarrollo demasiado íntimo de aquellas relaciones, la princesa la llamaba al orden, llegando incluso a golpearla. Por el contrario, estas tentativas estaban compensadas por el cariño sincero y de sacrificio que la joven profesaba a su protectora.

"Un día, Carlota salvó a una de las hijas de la princesa de la acometida de un perro rabioso, al que sujetó por la garganta, con grave riesgo de ser mordida. Otro día, estando la niña afectada de difteria, Carlota, espontáneamente, succionó las mucosidades que sofocaban a la enferma, salvándola por segunda vez.

Estas circunstancias contribuyeron a afirmar el amor de aquellas dos mujeres en todos los aspectos, hasta el extremo de jurarse fidelidad bajo pena de muerte. Al efecto, la princesa hizo firmar a Carlota un papel en el cual decía que si algún día se la encontraba muerta, que no se culpase a nadie de su muerte, puesto que ella había puesto fin voluntariamente a sus días. Carlota se resistió a conservar dicho papel, a pesar de las vivas súplicas de la princesa, y creyendo que tales amenazas pudieran ser serias, escribió en abril una carta al Tribunal, advirtiendo que si la ocurría cualquier desgracia que se prescindiese de los documentos que se pudieran encontrar en su poder y que la justicia realizase investigaciones para aclarar los hechos.

Quince días después, la joven fué víctima de una tentativa de asesinato, ejecutada por orden de la princesa para vengarse de su abandono. La carta que escribió a Carlota decía: "Te escribo porque te amo y tú no puedes ver a nadie más que a mí en el horizonte de tu vida, exclusivamente mía, con Mesalina y Nana por únicas amigas. Yo te mataré, te martirizaré, te abriré el vientre en un momento de cólera; pero te adoro con toda mi alma, jamás viviré sin ti, y nada habrá que pueda separarnos."

En el argot de estas homosexuales las palabras Mesalina y Nana se refieren a las dos piernas de la joven Carlota. El hecho acaeció en el año 1892; pero la Historia seguramente no recogerá tal detalle...

# LA EXTRAÑA PASION DE LA ESCRITORA "MADAME X"

La influencia de la literatura griega.—La primera impresión sexual.—Evolución de la homosexualidad.—Las amistades de los colegios.—Tendencias masculinas.—Iniciación heterosexual.—Aparición del fantasma erótico.—Los períodos menstruales. El desencanto de Grecia.—La sociedad de «gustos refinados».—La prostituta de El Cairo.—Su vida en París.—La estructura anatómica de una invertida.—Razones de su actividad mental

Se trata de una escritora húngara, muy versada en arte clásico, siendo sus especialidades la crítica y el ensayo. Aunque nació en Hungría, cuando contaba diez años de edad emigró con sus padres a los Estados Unidos, donde permaneció hasta los dieciocho. Estudió con aprovechamiento la carrera de Letras, siendo destinada a un pueblo inmediato a la frontera de Méjico al cumplir dicha edad. Después de recorrer una gran parte de Méjico, estudiando arqueología en todas las ruinas de lo que fué la civilización azteca, marchó a Grecia. Aquí estuvo tres años dedicada a los estudios arqueológicos y costumbres de los primitivos helenos, marchando a Italia con el mismo fin. Recorrió España, el Norte de Africa, Egipto y parte de la India. En resumen, cuando tenía veintinueve años se instaló en París, viviendo del producto de sus reportajes para un importante diario americano, amén de otros periódicos europeos que contrataron sus colaboraciones, siempre firmadas por el pseudónimo "Madame X".

Tal es, a grandes trazos expuesta, la parte esencial de su actividad pública; pero es mucho más interesante toda la existencia privada de esta mujer extraña, que durante toda su vida consciente no ha hecho más que perseguir un ideal imposible, que seguramente no existe más que en su imaginación ardiente y en su mentalidad desequilibrada.

En casi todas las personas que componen la familia de su padre se observa una inclinación muy acusada hacia las extravagancias de todo género. Una tía carnal paterna fué detenida y condenada al pago de una multa por salir del coche-cama de un tren en que viajaba, presentándose completamente desnuda en el vagón-restaurante, a la hora de mayor concurrencia; esto ocurrió en los Estados Unidos, país donde la extravagancia más rara no llama demasiado la atención, aunque en aquel caso no hubo más remedio que dar al asunto su merecida importancia. El padre de "Madame X" padeció obsesiones y era hipocondríaco y su abuelo paterno era un alcohólico, que murió en riña. La madre y su familia eran completamente normales; pero ella, indudablemente, heredó la neurosis de la familia del padre.

Es una homosexual activa. Influenciada, indudablemente, por la literatura griega, escribió varios ensayos acerca de la poetisa Safo, y una gran parte de su afán consistió, hallándose en Grecia, en descubrir nuevos documentos que se refiriesen a la célebre maestra de la isla de Lesbos.

Cuando tenía siete años de edad vió desnudarse a una criada de la casa, y refiere la impresión que en su tierna psiquis causó aquel espectáculo inesperado. Habla de la blancura de aquella parte del cuerpo de la doncella, "sólo comparable a la de la leche y la nieve". La mujer, al darse cuenta de la curiosidad que su cuerpo había despertado en la niña, la instó a que acariciara sus nalgas, mientras se reía de tal ingenuidad. Siempre que tenía ocasión de permanecer a solas con la criada, la rogaba que la dejase ver su cuerpo, y especialmente las nalgas.

Esta mujer permaneció en la casa hasta tres años más tarde, o sea hasta que la niña tuvo diez. En una ocasión en que los padres de la pequeña tuvieron que hacer un viaje a Budapest, ella se quedó con la doncella en casa, durmiendo en la alcoba de sus padres, ya que el lecho era más a propósito para dos personas. La sirvienta no era bella, pero sí hermosa y de temperamento ardiente; tenía a la sazón veintitrés años.

La misma noche que se fueron sus padres, ambas estuvieron presenciando una función de circo, de cuyo espectáculo, lo que más llamó la atención a la niña fué los ejercicios gimnásticos que realizaban dos mujeres que aparecían envueltas en una malla blanca, fingiendo que eran estatuas griegas. La niña se sintió atraída por



las nalgas de una de ellas; pero, desde luego, no podían compararse en belleza con las de la criada.

Cuando llegaron a casa, como a la niña la diese miedo de quedarse sola, fué con la doncella hasta su cuarto, donde estuvo haciéndose la higiene íntima, pero en forma tal, que al querer ocultar a la pequeña los genitales, se mostró a ella en la forma más excitadora para la curiosidad de la criatura, que, no pudiendo resistirse, se arrodilló para acariciar y besar aquella parte del cuerpo que tanto la fascinaba.

La muchacha la reprendió entre risas, diciéndola que era muy niña para hacer algunas cosas, que ella había practicado con una amiga cuando tenía diez o doce años. La pequeña, muy inteligente, aunque conocía algunos aspectos de la sexualidad normal, no se explicaba qué cosas pudieran ser aquellas que podían practicarse con una amiga y que ella no pudiera realizar. En efecto, siguieron hablando del asunto, ya acostadas, y la sirvienta terminó por confesar que la agradaba mucho ser acariciada por otra mujer, explicando a la pequeña la forma en que se realizaban dichos juegos, "muy parecidos a los que tienen lugar entre un hombre y una mujer que se acuestan juntos".

Practicaron el tribadismo, lo que si es cierto que excitó bastante a la criada, dejó a la niña completamente fría, "ya que yo—escribe—no tenía interés por aquel contacto, sino más bien por besarla las nalgas y los muslos y que ella me besara a mí". En efecto, las cosas ocurrieron de esta manera, y en este besuqueo recíproco, la niña experimentó sensaciones más intensas que antes, las cuales llegaron a su colmo cuando practicó el safismo con la reciprocidad de la otra.

Durante los quince días que duró la ausencia de los padres, la criada y la niña cometieron toda clase de excesos. "Reconozco—dice—que yo era mucho más viciosa que mi amiga; pero ella tampoco tenía muchas fuerzas para resistirse."

No llegó a sentir amor por su iniciadora, sino más bien una inclinación viciosa a besar y acariciar aquellas partes del cuerpo que más la interesaban. Rara vez conseguía excitarse más de dos veces en una misma sesión, e inmediatamente después de haber satisfecho sus impulsos se resistía a proseguir, pese a las invitaciones de la criada, cuyas amenazas de no volver a practicar aquellos hechos la dejaban indiferente en esos instantes.

Al marchar a América con sus padres, la alegría que la pro-

porcionaba el viaje atenuó bastante el dolor de la separación, sintiéndolo más en la carne que en el espíritu, pues, a los dos o tres días de estar embarcada, ya no sentía el menor recuerdo agradable por aquella mujer.

Como la niña había aprendido inglés—su padre fué de profesor húngaro a un importante colegio—, no encontró dificultades para relacionarse con varias muchachas de su edad, que asistían a las clases elementales del colegio en que su padre era profesor. La nueva vida, las distracciones de otro género distinto a las que había disfrutado en la pequeña ciudad de Hungría en que nació, alejaron de su ánimo los pensamientos homosexuales, contentándose con la masturbación, que practicaba con mucha frecuencia. Así permaneció hasta los once años, en cuya fecha empezó a cursar estudios superiores, ya que siempre fué de inteligencia muy desarrollada para su edad. En el colegio donde ingresó como interna, hizo amistad con una muchacha alemana de su edad, pero menos desarrollada físicamente, ya que ella aparentaba tener cuatro años más.

Al principio, la amistad no pasó de ser la relación entre dos buenas camaradas, y nada podía sospecharse de ellas, lo que no ocurría con otras niñas de los cursos superiores, de las que se hacían comentarios picantes. Un día, en que ambas salieron de paseo a un bosque de las inmediaciones, la alemana quiso subir a un árbol para coger una rama, ayudándola su amiga para que no se cayera. Entonces pudo verla las nalgas, cubiertas apenas por una pequeña braga, y nuevamente sintió que resucitaban en su imaginación los recuerdos de su iniciadora. No tardó mucho tiempo en convencer a su amiga para que se sometiese a sus caprichos, y lo que parecía una amistad inocente se convirtió en relaciones inconfesables, cuyas prácticas tenían lugar en un desván inmediato a los cuartos de aseo. El método de satisfacción que empleaban era el safismo mutuo y algunas veces el tribadismo y la masturbación digital recíproca.

Nadie sospechó en cerca de un año lo que ocurría entre las dos niñas, hasta que un día fueron sorprendidas por otra, que permaneció observándolas todo el tiempo que duró la lésbica escena. La testigo esperó la hora del paseo y, con un pretexto cualquiera, alejó a la alemana, con el fin de hablar con la húngara, a la cual le unía cierta amistad. La hizo saber que estaba en el secreto de sus relaciones con la alemana, y que, además, ella tenía las mismas



aficiones, pero que no la gustaba relacionarse con pequeñas, sino con las mayores, "que son más discretas y no dicen nada".

Seguramente, por *espíritu de cuerpo*, el nuevo personaje de aquella comedia la recomendó que escogiese una amiga entre las mayores, "ya que estas amistades estaban muy extendidas en el colegio y no eran mal vistas por algunas profesoras jóvenes". Efectivamente, la consejera arregló las cosas de tal forma que una auxiliar de la clase la llamó un día para que la acompañase a dar un paseo por los alrededores del colegio, donde pudo comprobar que era cierto cuando la había manifestado su amiga.

Tuvo varias amistades de esta naturaleza, pero ninguna llegó a interesarla más allá de la parte puramente física, hasta que, al cumplir los quince años, con motivo de una fiesta que dió a sus amigas, hizo amistad con la hija de un profesor que hacía pocos días se estableció en la ciudad.

"Madame X" dice que su nueva amiga era tan blanca, tan bella y tan delicada, que "el mayor crimen que hubiera podido cometerse con ella sería el de atentar contra su candor con un pensamiento impuro". No obstante, según confiesa después, esa impureza a que aludía, refiriéndose a los contactos homosexuales, "se presentó en sus relaciones como un complemento necesario e inevitable, sin el cual la pasión no hubiera sido posible".

Al principio consiguió alejar de sus recuerdos aquellos placeres, puramente materiales y egoístas, que siempre que satisfacían su lujuria de los sentidos la dejaban en el alma una estela de amargura y de remordimiento, que traducía por una satisfacción deficiente e incompleta, pensando que sólo el amor, "un amor como ese que profesan los amantes de que hablan las novelas", completaría todos sus anhelos, haciéndola experimentar la verdadera felicidad, que no logró conocer nunca, "aunque estaba segura de que existía".

Su nueva amiga fué quien la inició en el conocimiento de la literatura griega, dándola a leer el *Himno a Venus, Oda* y varios poemas de la poetisa Safo, de cuya personalidad la joven no tenía más que muy vagas referencias. También leyó a los clásicos que ensalzaban el amor entre hombres: "Se anegó mi alma—escribe—en las sublimes bellezas del amor griego. ¡Entonces sentí el dolor profundo de no haber nacido hombre para poder idolatrar a los efebos!"

A partir de esta revelación, su vida adquiere una nueva persona-

lidad. Empieza por aficionarse a los deportes de los hombres, se dedica a los estudios filosóficos y procura eliminar de su tocado todo detalle y adorno innecesario. Su padre no deja de advertir la metamorfosis que se va operando en el alma de la muchacha; pero se complace en comprobar que progresa notablemente en sus estudios, destacándose entre las demás compañeras. En un certamen atlético, que tuvo lugar en el colegio y en el que tomaron parte los equipos masculinos de lanzamiento de disco y jabalina, evocó lo que debió ser el maravilloso espectáculo de los gimnasios griegos, si bien la repugnaba un poco que aquellos atletas fuesen hombres en vez de mujeres. Pronto hizo amistad con el campeón de jabalina, al que rogó la enseñase a manejar aquel arma, cosa que llegó a practicar con gran destreza, hasta el punto de que se clasificó para el próximo concurso.

En la natación demostró tanta capacidad y resistencia como los mejores nadadores, lo mismo que en el salto de obstáculos. Saltaba como un muchacho y aprendió a trepar con gran rapidez, alcanzando alturas superiores a las de todos los escolares clasificados como campeones. Manejaba el arco con verdadera destreza y hasta levantaba pesos que no moverían hombres de su misma edad y corpulencia.

Se distinguió notablemente en el estudio del griego, que medio hablaba con el profesor. Quiso aprender también el latín, pero desistió de su empeño, limitándose sólo a lo que se exigía en su carrera.

A todo esto, su amistad con la hija del nuevo profesor iba tomando caracteres de verdadera intimidad. La identidad de sus aficiones artísticas fué el primer paso en la comunión espiritual de las dos jóvenes. La húngara, que, naturalmente, había adoptado las maneras masculinas, era el sujeto activo en aquella pasión, que nacía en formas elementales: atenciones, regalos, deseo de complacer a su amiga en el más mínimo gusto y procurando adivinar sus caprichos para satisfacerlos sin dilación. En una ocasión que Maud —éste era su nombre—estuvo enferma, la austríaca permaneció al lado de su lecho cinco días con sus noches, sin consentir que nadie hiciese por la enferma lo que ella podía hacer. Maud no tenía madre, circunstancia que permitió a su amiga ejercer las funciones de ama de casa durante aquellos días que duró la pasajera enfermedad.

Ni los padres de las muchachas ni nadie en el colegio atribuían



a estas relaciones un fondo condenable. Por otra parte, nada tenía de particular, puesto que ambas eran hijas de dos profesores y, además, habitaban en el mismo pabellón, tenían la misma edad y cursaban los mismos estudios, con igual aprovechamiento. En realidad, las jóvenes permanecieron cerca de un año en esta actitud, puramente platónica; pero, al cabo de ese tiempo, el espiritualismo de las relaciones se convirtió en verdadera pasión, practicando toda suerte de caricias perversas, en las que la húngara siempre desempeñaba la parte activa.

Comprende que el amor que la inspiraba su amiga "no era esencialmente el que cantaban los hombres griegos", pero tampoco tenía la crudeza que adoptaba entre las mujeres de la isla de Lesbos, ya que, según confiesa, "no era posible que, sin amarla tanto, la hubiese deseado tantas veces". Reconoce, además, que entre la homosexualidad masculina y la femenina media un enorme abismo, diciendo: "A los hombres les une el amor y a las mujeres el deseo; el hecho de que yo sienta esta pasión por Maud me permite asegurar que en mi cuerpo de mujer palpita el alma de un hombre; lo que Antinoo hizo por Adriano creo que no lo haría yo por esta criatura, por la que sería capaz de todo... menos eso."

Cuando fué destinada a una ciudad de la frontera mejicana, después de obtenido el título de profesora, hubo de separarse de su amante, lo que llegó a perturbar un poco su salud. Las cartas que se cruzaron entre ambas ardían de pasión; esta correspondencia duró más de dos meses; pero, poco a poco, fueron mayores los intervalos entre carta y carta. Sus estudios de arqueología la hicieron olvidar "su amor más sincero", y en una ocasión prestó oídos, por "mera curiosidad", a las exaltadas declaraciones de amor de un joven oficial de la policía de fronteras que vivía en un fuerte inmediato a la ciudad. Un día fué a visitar a su pretendiente, y entonces conoció el sabor de los besos de un hombre. "Yo creo —dice—que aquel valiente muchacho estaba muy enamorado de mí; pero, sinceramente, por mucho que yo puse de mi parte, no acertaba a comprender aquellas caricias, que me parecieron demasiado insulsas para lo que anhelaba mi temperamento. El joven se excitó tanto, que llegó a derribarme sobre un amplio diván de su alcoba, intentando ciertas manipulaciones que me parecieron demasiado brutales para ser hechas por un hombre educado; yo no traté jamás a una mujer con tan escasa delicadeza y la escena me pareció demasiado repugnante para volverla a repetir. Mi amigo debió quedar

bastante desilusionado de mi conducta, pues cuando nos despedimos me rogó que le perdonara por lo que acababa de suceder. Aquel contacto, que más bien fué una violación, me produjo más dolor moral que físico, y eso que durante dos semanas sufrí bastante de mis partes sexuales, maceradas a causa de la deficiente técnica que indudablemente puso en juego para desflorarme." Durante muchos días estuvo preocupada con la idea de haber podido quedar embarazada; pero la vuelta de sus períodos, que siempre fueron normales, la tranquilizó, permitiéndola desechar sus temores, aunque se prometió formalmente que jamás tendría otro momento de curiosidad por haber quedado bien escarmentada.

Aquella misma noche tuvo un sueño que determinó, por así decir, la tercera fase de su vida sexual, entendiendo por tales: la primera, desde su iniciación por la criada hasta su marcha a los Estados Unidos; la segunda, hasta el momento de su entrega heterosexual, y la tercera, que es la más interesante, a partir de ese sueño, que vamos a referir según sus propias confesiones.

Pocos días antes había leído los *Idilios*, de Teócrito, en los que el remoto clásico celebra el amor entre hombres. Se imaginó que aquellos efebos tomaban figura de mujer y se disputaban sus caricias lo mismo que las discípulas de Safo las de su maestra. Había una, sobre todo, que era el prototipo de la belleza clásica griega y que ni por un momento se apartaba de ella. En su rostro había un gesto de dulce mansedumbre, "que inspiraba—dice—más respeto que pasión carnal. No por eso pensé que mi adoración por la bella muchacha fuese a ser siempre tan pura, porque, muchas veces, sin quererlo, el impulso puede mucho más que la inteligencia y la voluntad.

"En el sueño viví muchos días felices. Me daba cuenta perfecta de toda mi existencia anterior, que quisiera haber dado al olvido para imaginarme que no viví más que en la Grecia clásica. La efigie de aquella joven se me quedó grabada en la imaginación de tal forma, que, cuando desperté de mi maravilloso sueño, hubiese jurado haberla conocido de toda la vida. Desde aquel día empecé a acariciar la quimera de que aquella criatura tenía que existir y que yo acabaría por encontrarla. ¿Dónde? No lo sé; en Grecia, en Oriente, donde fuese; pero yo la encontraría."

En las diferentes relaciones homosexuales que tuvo con distintas mujeres, su fantasma erótico consistía en una joven griega que habitaba en Mitilene siempre sola, y que acostumbraba a ejecutar



bellas armonías con la plauta del dios Pan. En el sitio más adecuado de su gabinete íntimo colocó una gran fotografía que se hizo componer, reproduciendo la escena constante de sus ilusiones. (Lámina IV.)

Esta extraña pasión absorbía por entero la mayor parte de su existencia. Comprendía, a pesar de todo, que estaba enamorada de un imposible. Algunas veces se excitaba de tal forma, que, sin necesidad de recurrir a sus amigas conseguía cuantas voluptuosidades se había propuesto con ayuda de la masturbación.

Un día, que paseaba por una calle de Veracruz, vió a una joven que penetró en un comercio acompañada de un señor, que debía ser su padre. La muchacha tenía un notable parecido con la joven griega que había soñado, y, dispuesta a todo, se dedicó a seguirla por todas partes. Encontrándose sentados en la terraza de un café, pudo fijarse con detenimiento en las facciones de su perseguida, comprobando que "no era ella", aunque se parecía mucho. A pesar de todo, siguió ilusionada; pero cuando vió que se acercaba un joven, que indudablemente debía ser su novio, comprendió que nada podría conseguir en su loco empeño.

A pesar de su obsesión, comprendió que ese empeño no era normal y que se había propuesto realizar un sueño que no es posible en la vida real. Muchas veces se propuso alejar de sí tan rara obsesión, y lo conseguía durante dos o tres semanas. Cuando más excitada se encontraba y su imaginación más dispuesta para acariciar esos pensamientos, "era casi siempre dos o tres días antes de presentarse el flujo menstrual". A tal extremo llegó en su deseo de normalizar su mente, que consultó con un médico para ver si todas las locuras que pensaba, y muchas de las que cometía, pudieran remediarse suprimiendo la menstruación por medio de la ovariotomía. Reflexionó mucho acerca de este extremo, y, por último, llegó a la conclusión de que era una locura más.

Estas reacciones de conciencia no tenían lugar más que a continuación de haber quedado satisfecha en su sexualidad, o bien al final de los períodos menstruales, cuando indudablemente disminuía su excitación sensual; no siendo así, las extravagancias más absurdas le parecían una cosa natural y perfectamente realizable. Cree que, bajo la influencia de estos estados emocionales, es cuando se decidía a poner en práctica sus viajes, lo que pudo comprobar perfectamente en el primero, que realizó a Grecia, cuando cumplió veintiún años.

Una vez en Grecia visitó todos los lugares históricos, especialmente la isla de Mitilene, o sea la antigua Lesbos, que constituía el escenario de sus ensueños. Naturalmente, desde los primeros tiempos de las narraciones de los clásicos hasta la actualidad, todo había cambiado. No obstante, encontró una señora italiana que realizaba un viaje de turismo por la isla, y ambas estuvieron viviendo juntas durante cerca de un mes en pleno bosque, cerca del mar. Comoquiera que dicha italina fuese también de tipo masculino, ambas practicaban el safismo recíproco, lo que no acababa de satisfacer el erotismo de una ni de otra.

En Atenas se enamoró platónicamente de una camarera del hotel donde se había hospedado, con la que también practicó los tan acreditados vicios helénicos. No duró mucho tiempo la amistad, porque la camarera era una consumada profesional, como todas sus compañeras de aquel hotel, frecuentado especialmente por mujeres también especiales.

En Grecia ya no pudo dominarse con la relativa facilidad que lo conseguía en América, lo que atribuyó principalmente al clima. No tenía preocupaciones económicas, puesto que, aparte de sus economías, recibía puntualmente una pensión que la enviaba su padre. Esta falta de obligaciones influyó en la vida de la aventurera de manera muy particular. Quiso engolfarse en los estudios de arqueología e investigaciones históricas para atenuar en lo posible los delirios de aquella pasión, que no acababa de ver materializada, puesto que su ideal no aparecía por ninguna parte. Durante ocho o nueve días que permaneció en el hotel con una fuerte afección gripal, entabló amistad con una compañera que conocía bien el país. Cuando ya pudo salir a la calle, una noche fueron a dar una vuelta por los barrios galantes del Pireo. En un cafetín de marineros encontró una muchacha de dieciocho años, que hacía tres se dedicaba a la prostitución más baja, a pesar de que era bastante bella. Valiéndose de los oficios de un camarero, las dos mujeres citaron a la joven en otro café cercano, donde celebraron una entrevista, cuya solución fué que la prostituta acompañaría a las dos mujeres al hotel mediante el pago de veinticinco dracmas, cantidad equivalente a las mismas pesetas.

La muchacha, que no era precisamente una muestra de la antigua hetaira, se sometió a todos los caprichos de las damas, interpretando debidamente su papel. La profesora hubiese deseado algo más espiritual, que la hiciese recordar más fielmente los tiempos



LITERATURA CHINA

Esta mujer, según el autor del libro aludido en la lámina anterior, inspiró al poeta un bello soneto lésbico, de difícil comprensión para los occidentales.

LAMINA VII



ANDRÉ GIDE

Es el autor de «Corydon», el libro en que con más audacia se ha pretendido elevar la homosexualidad a la suprema categoría del amor normal.

LAMINA VIII



...cos, y, sobre todo, que se adaptase lo mejor posible a la ilusión ...e se había forjado. Físicamente, la joven prostituta se parecía ...stante al fantasma de su antiguo sueño, pero en lo moral no ...jó de reconocer que era un objeto despreciable e incapaz de des...tar la menor emoción sentimental en el corazón de una mujer ...dicada.

Refiere que algunos días frecuentaba todos los sitios de Atenas ...nde pudieran reunirse mujeres, dispuesta a encontrarse con "la ...entura final". Fingiéndose pintora insertó anuncios en los perió...icos, solicitando modelos para unas composiciones, y aunque fue...on muchas las mujeres que acudieron a su cuarto del hotel en de...anda del empleo, no pudo encontrar una sola en la que encarnase ...amante singular de su sueño. Recorrió en vano todos los teatros ...cabarets e incluso las academias de pintura; en ningún sitio ...udo encontrarse con aquel fantasma real, del que cada vez se sentía ...ás profundamente enamorada.

En esta época, de verdadera turbulencia intelectual, empezó a ...scribir crónicas acerca de la vida moderna de Grecia y también ...obre las antiguas costumbres, trabajos que fueron muy bien acogi...os por un periódico de Nueva Jersey y otro de Nueva York. ...n algunas revistas literarias publicó un meditado estudio acerca ...e la poetisa Safo, ilustrado con composiciones fotográficas, un ...anto atrevidas, que realizó ella misma, sirviéndose de las modelos ...ue había solicitado. Estos trabajos literarios fueron muy discu...idos en América, y desde entonces la firma "Madame X" empezó ...a cotizarse en el mercado de los valores artísticos más apreciables ...del país. En Grecia también logró la colaboración en varias re...istas de arte, y bien pronto su nombre empezó a adquirir destaca...o relieve en los medios intelectuales de Atenas.

Esta popularidad la permitió introducirse en círculos y centros ...de reunión de artistas de todas clases. En un club femenino fué ...recibida con tantas muestras de afecto que hasta se celebró en ...su honor una fiesta clásica, en la que tomaron parte las alumnas de ...un conservatorio.

Afirma que aquella noche experimentó las más intensas emo...iones de su vida, puesto que en muchos instantes no podía sus...traerse al imperio de su fantasía, que la llevaba a persuadirse de ...que aquello no era una farsa, sino un hecho absolutamente real ...de los tiempos del clasicismo. "Tan honda fué aquella sugestión ...—dice—que cuando volví la mirada hacia las amables mujeres que

me acompañaban, me sorprendió verlas ataviadas a la moda actual de París; creí con toda mi fe que vivíamos lo mismo que hace dos mil años."

No obstante, su ideal no aparecía por ninguna parte, a pesar de que entre las actrices las había muy jóvenes y bellas. Sólo una interesó un tanto; pero, por ser hija de la presidenta del club, desistió de todo intento de conquista.

En una sociedad de "gustos refinados", de la que también formaban parte algunos hombres, especialmente escritores y gimnastas, hizo amistad con otra homosexual de sus mismas tendencias, la cual prometió presentarle a varias amigas suyas, escritoras y artistas, que empezaban la carrera, y que, por lo tanto, necesitarían cierta protección. En efecto, una de estas muchachas interesó a la escritora hasta el extremo de pagarla la pensión y satisfacer sus necesidades, que apenas lograba cubrir con la pensión que le remitían sus padres, residenciados en Alemania desde hacía dos años, aunque eran griegos de origen.

La muchacha era muy inteligente, pero parecía más inclinada al amor de los hombres que al de las mujeres, si bien en algunas ocasiones se sometió a los caprichos eróticos de algunas amigas, más viciosas que invertidas.

Poco a poco la escritora logró hacer vacilar a aquella virtud inconmovible, tan poco amante del clasicismo, y durante algunos meses creyó que acabaría por adaptar a la muchacha a su temperamento hasta completar la realidad con la ilusión que se había forjado. Estas relaciones no escandalizaron ni extrañaron siquiera al círculo de sus amistades, puesto que era cosa corriente en aquel medio; lo que no se comprendía bien era cómo una mujer de tan elevada mentalidad se había podido enamorar de una estudiante vulgar, sin verdadera vocación para aquella existencia.

La *liaison* duró dos años, interrumpida sólo por las vacaciones, que la joven pasó con sus padres en Nochebuena. La escritora deseaba respirar aires nuevos, y, sobre todo, estudiar otras civilizaciones, ya que en lo que se refería a la griega estaba suficientemente impuesta. Pero, sobre todas las cosas, el anhelo de encontrar el ideal seguía presidiendo en su vida como una obsesión indomable.

Todos sus escritos estaban impregnados de esta ansiedad extraña, y algunas veces se advertía la desesperación terrible que le embargaba ante su impotencia o su fracaso. Refería la admiración



que le había causado un cuadro que reproducía una escena mitológica de ninfas y sátiros, en la que una de las ninfas tenía los mismos ragos físicos que su fantasma. Durante varios días permaneció más de una hora contemplando el cuadro; pero, como estaba ejecutado hacía cincuenta y tantos años, perdió toda esperanza de encontrar a la mujer que sirviese de modelo para aquella figura.

Con el alma sumida en toda su desesperación, marchó a Egipto, después de tres años de inútiles demandas. También en Alejandría y El Cairo fué muy bien acogida por las sociedades literarias y artísticas; pero, aunque repitió con el mismo entusiasmo todos los esfuerzos que había realizado en Grecia, las necesidades sexuales de su espíritu siguieron sin satisfacerse. Entabló relaciones con un joven pintor invertido "cuyo cuerpo no tenía nada que envidiar al del más hermoso efebo", pero que, naturalmente, no podía representar para la escritora ni la mínima parte de lo que deseaba. Dice que tales relaciones fueron esencialmente platónicas y sin mezcla alguna de sensualidad, aunque algunas veces hubiera querido ser hombre sólo para complacer al muchacho en sus anhelos.

Estando en El Cairo recibió la noticia de la muerte de su madre, acaecida un mes antes. Inmediatamente marchó a la oficina de Telégrafos con el fin de dirigir un despacho a su padre; pero, cuando se disponía a entrar, vió a una joven que le llamó poderosamente la atención, olvidándose de cumplir aquel deber para con su atribulado padre. Siguió a la desconocida por algunas calles, hasta llegar al barrio nubio, lleno de cafetines y de casas de prostitución y otras gentes de mal vivir. La joven penetró en una de aquellas casas, no atreviéndose a seguirla hasta el interior; pero un muchacho indígena, que estaba próximo, la informó de que la desconocida era una prostituta. Dispuesta a todo, con tal de entrevistarse con su perseguida, hizo llegar a sus manos una esquela, rogándola que se pasase por el hotel donde se hospedaba e incluyéndola un billete de una libra esterlina para pagar el taxímetro.

En efecto, una hora más tarde se presentó la joven en el hotel, cumpliendo todas las instrucciones recibidas para no despertar sospechas entre la servidumbre. La escritora la recibió con muestras de extremada amabilidad, rogándola que la acompañase a tomar el té. Dió la casualidad de que era de nacionalidad griega, circunstancia que celebró "Madame X" como una coincidencia feliz.

Poco trabajo la costó convencer a la prostituta para que se

quedase a vivir con ella como señorita de compañía. Ya llevaban varios días juntas sin que la escritora llegara a insinuar siquiera cuáles eran sus verdaderas intenciones respecto de su nueva amiga; quería ver si la iniciativa surgía de la griega o, al menos, realizaba cualquier insinuación en tal sentido.

Un día fueron a Luksor, y como perdieran el medio de comunicación para regresar a la capital, se quedaron a dormir en uno de los hoteles de turismo de la pequeña ciudad. La circunstancia de no haber más que una habitación con una sola cama obligó a las mujeres a ocupar el mismo lecho.

La escritora, a pesar de la intimidad cordial que había entre las dos mujeres, observó que la griega se disponía a dormir tranquilamente, sin dar la menor prueba de aquello que tanto interesaba a su protectora. Esta, que se encontraba un tanto excitada, intentó aproximarse a su amiga, pero no tan discretamente que no pudiera apercibirse. Entonces la prostituta saltó del lecho, bastante disgustada, y con un aire de "intolerable orgullo—dice—, me dirigió algunas groserías, que echaron por tierra todas las ilusiones que yo me había forjado con aquella criatura". El viaje de regreso lo hicieron separadas.

Este fracaso la causó gran dolor, porque ya había cobrado afecto a la muchacha; pero, a los pocos días, volvió a encontrarla en la calle, vestida con cierta humildad. La llamó para enterarse de lo que la había ocurrido para ir ataviada de aquella manera tan diferente de como vestía antes, diciéndole que no la quisieron admitir en el prostíbulo cuando regresó de El Cairo, por lo que se dedicó durante dos días a ejercer su oficio sin autorización. En estas condiciones fué detenida por la Policía de costumbres, que la impuso un arresto de quince días, que acababa de cumplir. La escritora la rogó que volviera a su lado, donde nada le faltaría, "si era razonable". Efectivamente, volvió a instalarla en las mismas condiciones de comodidad y de lujo, y, al cabo de poco tiempo, llegaron al límite máximo de la intimidad.

Tres meses duró aquel idilio, hasta que la prostituta la abandonó definitivamente, huyendo con un marino inglés, con el que ya tuvo relaciones anteriormente. La burlada no experimentó en esta ocasión la menor pena, y unos días más tarde embarcaba para la India, siempre en busca de ese ideal, que cada día se alejaba más de la realidad, aunque permaneciese fijo en sus disparatados sueños.

Recorrió una gran parte de Asia del Sur, movida siempre por



la misma inquietud sentimental, y cuando estaba próxima a los treinta años, se trasladó de Londres a París, donde prosiguió su extraordinaria vida de apasionada de un fantasma imposible.

En París se vistió de hombre y vivió como tal durante algún tiempo. Su vivienda estaba amueblada severamente, no encontrándose en toda ella el menor detalle femenino personal de la dueña.

Frecuentó la sociedad de los estudiantes de Saint-Germain, especialmente la de las muchachas; pero siempre ataviada de hombre. Una de sus amigas, que estudiaba Medicina, se dió cuenta en seguida del "caso" de la escritora, y, de acuerdo con un especialista neurólogo, estudió la inversión de aquella mujer, que también se reflejaba en los caracteres físicos generales, si bien no con completa exactitud.

Hasta entonces, la escritora no había prestado atención a estos datos importantísimos, y esto porque se encontraba muy conforme con todos aquellos detalles de masculinidad, o, mejor dicho, de antifeminidad.

Las medidas pélvicas no eran normales, sino que se aproximaban a las del hombre, sin llegar a alcanzar por completo sus características. El útero y los ovarios presentaban las características todas de su sexo, y la menstruación se operaba normalmente cada veintiocho o ventinueve días, sin molestias ni dolores de ningún género, a no ser el aumento de tensión erótica característico de la mayoría de las mujeres normales. El clítoris era muy pequeño y hasta pudiera decirse que estaba atrofiado; se presentaba descubierto, como sin prepucio, debido a la circunstancia de que los pliegues de las ninfas, en vez de unirse para formar dicha envoltura prepucial, aparecían separados y como soldados a la parte superior de los labios mayores. Estos eran más gruesos que los de la mayoría de las mujeres, y estando echada de espaldas aparecían como dos eminencias carnosas, que daban una ligera idea de los testículos.

El anillo vulvar era estrecho y de músculos fuertes; podía accionar dichos muslos en contracciones bruscas y relajamientos rápidos durante mucho tiempo, sin experimentar la menor fatiga. Algunas veces se había masturbado por este solo procedimiento, teniendo las piernas juntas, de manera que el mecanismo pudiese accionar sobre el pequeño clítoris. La vagina era muy corta y el hocico de tenca era fácilmente visible con sólo separar los pequeños labios sin necesidad de espéculo.

El aspecto general del cuerpo, visto de espaldas, es femenino;

las caderas son redondas y el glúteo perfectamente formado, lo mismo que las espaldas. Los muslos son fuertes, pero las piernas no corresponden a las proporciones superiores, siendo más delgadas y bastante musculosas. De frente presenta un aspecto bien distinto; los senos son muy pequeños, con menos relieve que los de un hombre, aunque redondos. No tienen traza de pezón, y la aréola es rosada. Son insensibles en todas sus partes a las excitaciones, si bien ha podido observar que la aréola se torna más dura y su relieve es más definido en los momentos de máximo deseo sexual. (Lámina V.)

La vegetación pilosa del monte de Venus es abundante, negra y dura, y llega hasta la región anal, cuyo orificio circunda con las mismas características. También tiene muy desarrollados los pelos de las piernas, especialmente a partir del tercio medio del muslo hasta el final del segundo de la pierna. En el resto del cuerpo, ni en el pecho, ni en los brazos, ni sobre el labio superior aparece la menor traza de vello exagerado.

En cuanto a su desequilibrio mental, consistía en la obsesión única del ideal que se había propuesto lograr, cuya definición no era capaz de hacer exactamente, en lo que se refiere a rasgos físicos y características espirituales. En todas las relaciones que tuvo con mujeres se mostró apasionada y enemiga de violencias, cosa poco frecuente en las invertidas activas. Durante estos períodos de completa satisfacción sexual no se acordaba para nada de su fantasma; pero cuando, por cualquier circunstancia, tenía un disgusto con la amiga o reñía con ella defintivamente, volvía a la obsesión de su eterna imagen amorosa, sumiéndose en un estado moral muy intenso, pero que extrañamente se traducía en una especial disposición para escribir. El médico que la observó asegura que esa agilidad intelectual podía compararse exactamente con la que se produce en virtud del empleo de ciertos estimulantes, como el alcohol, por ejemplo.

En resumen, y esta es la conclusión que, a nuestro juicio, hay que deducir como la más exacta, que el presente caso es el de una gran imaginativa inadaptable psíquicamente a sus propios principios sentimentales. Resulta que la mayor parte de su energía intelectual brotaba de la depresión de ánimo, producida por la estéril lucha que mantenía consigo misma, o, por mejor decir, de la conciencia de sus fracasos psicohomosexuales. Creo con el doctor que realizó esta investigación que el mejor remedio para su inversión hubiera estado pre-



...amente en procurarla ese ideal a que se dirigía su extraña pasión ...morosa, si ello hubiese sido posible. Entonces, nada tendría de ex...ño que, al cabo de algún tiempo, su inestabilidad psicosexual ...biese derivado hacia la heterosexualidad, si bien es fácil que la ...secuencia inmediata fuese una notable reducción de su capa...idad intelectual, que no era, ni más ni menos, sino el excedente ...ótico eliminado por los puntos de la pluma en lugar de serlo ...r medio de las descargas sexuales de su organismo psicofísico.

# LA HOMOSEXUALIDAD EN LA LITERATURA

**La interpretación de Grecia.—«El banquete» de Platón.—Otra disertación sobre el invertido y el pervertido.—Platón, enamorado de Sócrates.—La propaganda literaria.—Falta de originalidad.—Los versos de Safo.—Pierre Louys y Verlaine.—La literatura de la homosexualidad en China.—El «Corydon» de André Gide.—Baudelaire contra la homosexualidad.—La pornografía y las mujeres invertidas.—La autobiografía de esos escritores**

No es posible negar la influencia que en todo tiempo ha ejercido la literatura griega en la determinación de la homosexualidad. Muchos invertidos, de naturaleza congénita, que no pudieron dar rienda suelta a sus inclinaciones en virtud de las restricciones de la moral, por la falta de ambiente adecuado o por otra causa cualquiera, tan pronto como tuvieron ocasión de leer y meditar sobre las exaltaciones literarias y pseudohomosexuales de los clásicos atenienses, el problema moral que planteaba su caso encontró un medio de solución y sirvió de poderoso acicate para dar al traste con los convencionalismos y prohibiciones tradicionales. Esto no es un fenómeno nuevo, sino que, como hemos dicho al referirnos a los hombres del Renacimiento, se observa en todas las épocas a partir de la del desbarajuste moral de griegos y romanos.

No obstante, esta literatura ha sido siempre muy mal interpretada, puesto que la mayoría de los autores helenos no hablaban de la inversión, sino del amor platónico, o sea la adoración estética del cuerpo masculino. Claro es que también se introdujo el elemento erótico, porque no cabe duda que siempre ha sido la consecuencia o final del platonismo; es decir, lo contrario equivale a rechazar uno de los fenómenos más elementales del amor humano, porque la admiración de la forma, sobre todo cuando se llevaba hasta esos extremos exagerados, como ocurría entre los griegos, deter-

mina casi siempre una excitación de otros impulsos animales irrefrenables.

Admitiendo, como ya hemos dicho tantas veces, la existencia de los elementos sexuales masculinos y femeninos en un mismo individuo, o sea la bisexualidad, si a esta circunstancia se agregan otras artificiales o intelectuales, por mejor decir, si el ambiente es favorable en lugar de ser restrictivo, sólo el predominio del elemento masculino en el hombre y el del femenino en la mujer pueden determinar la fidelidad del impulso a los valores del sexo. De otra forma, aunque en muchos casos exista la homosexualidad, no es lícito atribuirla a todos, sino que será más correcto hablar de bisexualidad o de dominio equilibrado de los impulsos antagónicos, cuyo final es siempre el de la erótica, es decir, la identificación de los resultados.

Los hombres griegos amaban a los efebos, que habían de adoptar la actitud correspondiente a la mujer en el amor normal; pero, cuando estos efebos adquirían las formas completamente masculinas y sus rasgos físicos y psicológicos se diferenciaban de los del muchacho impúber, adquiriendo los mismos valores que en el hombre, dejaban de ser amados para convertirse en amadores de otros jóvenes. Hay homosexuales de cuarenta años, ventrudos, apoplécticos y con várices, que, bajo las caricias de un sinvergüenza cualquiera que les explota, pretenden pasar por efebos helénicos, delicados y sentimentales, cuando, en realidad, no son más que desequilibrados o viciosos, aptos para todas las aberraciones sexuales.

Plutarco, Aristóteles, Sócrates, Platón, Esquilo, Teócrito y muchos autores más, cuyo nombre no perecerá nunca, cultivaron un género de literatura que no ha podido ser superada, no porque la mentalidad de los literatos posteriores no diese para tanto, sino por la razón sencilla de que el ambiente de aquella época permitía una libertad distinta a la que después restringieron las imposiciones sociales y morales de toda índole. En la actualidad, por ejemplo, el escritor que trata de ensalzar la homosexualidad como una expresión elevada de los sentimientos humanos se expone al vacío, a la crítica, a la persecución y al desprecio. Por eso, la literatura que hoy se escribe hablando del amor unisexual no es más que una burda copia de la que hicieron los clásicos y un eterno repetir de conceptos en los que no cabe ni la más leve originalidad.

Platón, en su diálogo *El banquete*, al hacer el elogio de los invertidos, escribe: "Es una gran equivocación acusarles de no tener



pudor, pues no es por falta de pudor por lo que obran así; si buscan a sus semejantes, es porque tienen un alma fuerte, un valor macho y un carácter viril; y esto se prueba viendo que, con el tiempo, son los que más dispuestos se muestran a servir al Estado. Convertidos en hombres, aman a su vez a los mozalbetes; y si se casan, si tienen hijos, no es porque la Naturaleza les empuje a ello, sino porque la ley les obliga. Lo que desean es pasar la vida, juntos unos con otros, en el celibato."

Tan simples conceptos, que, aunque los haya escrito Platón, son completamente falsos, son una prueba evidente del gran desconocimiento que existía en aquellos tiempos acerca de la inversión y de la perversión. Esta literatura ha causado verdaderos estragos en la débil mentalidad de muchos predispuestos, que se envenenaron de clasicismo por ese afán que existe en los criterios sumisos de conceder más valor a las declamaciones de un sabio, sean buenas o malas, que a los propios juicios éticos del individuo.

Nada más estúpido e inadmisible que esa afirmación de que el invertido que busca a sus semejantes "tiene un alma fuerte, un valor macho y un carácter viril"; modernamente, el invertido es todo lo contrario: ni su alma es fuerte, ni su valor efectivo, ni su carácter viril. El invertido es un ser completamente afeminado y sensible, que padece accesos histeriformes, incapaz de soportar, sin graves trastornos psíquicos, el desdén de que le hace objeto su macho de turno, llora y se lamenta como una niña más que como una mujer.

Si vamos a referirnos al invertido de tipo masculino, es decir, al que invoca Platón, vale más llamarle pervertido o vicioso, porque, si son capaces de tener hijos, no es porque la ley les obligue, sino porque la Naturaleza no se lo prohibe, como sucede con el invertido auténtico. Ahora bien, si esos otros que se someten al amor de los hombres son capaces de casarse y de tener descendencia, alternando con los efebos que se prestan a lo que ellos se prestaron, tampoco es posible que se sientan naturalmente empujados hacia la homosexualidad. De todo esto se deduce que la bisexualidad de esa forma es completamente artificial, no porque los hijos se hagan bajo el mandato de la ley, como dice Platón, en cuyo caso ésta sería la verdadera inmoralidad, según pretende demostrarnos, sino por la razón sencilla de que la aptitud para la inversión es absolutamente incompatible en la inmensa mayoría de los casos con el amor heterosexual. Pueden darse todas esas cuali-

dades, completamente viriles, que refiere, y hasta, sin detrimento para el volumen de la población, puesto que había una ley que velaba por este importante aspecto del desarrollo de la patria griega; pero lo que no puede admitirse es que estos hechos fuesen naturales ni la homosexualidad de aquellas gentes una virtud digna de ser cantada en vibrantes párrafos y estrofas ideales, porque, la verdad, dígase cuanto se quiera por los idiotas degenerados que ensalzan el tan desacreditado amor griego, el amor-amistad era una cosa y la lujuria abyección, que fué mucho más frecuente, otra bien distinta.

El hecho de que toda aquella depravación tuviese una explicación o una base intelectual no sirve para modificar su expresión innoble, desde el momento en que, saltando por encima de las barreras del espíritu, invadía el área de la erótica o de la animalidad, tanto con más motivo por cuanto que el papel de la mujer quedaba reducido al de una bestia sin personalidad ni derechos de ningún género.

Platón sigue diciendo en otra parrafada: "Me ha parecido imposible resistir a Sócrates. Pensando al principio que deseaba mi belleza, me felicitaba de mi buena fortuna; creí haber encontrado un medio maravilloso de triunfar, y que, satisfaciendo sus deseos, obtendría de él que me comunicase toda su ciencia. Me decidí a atacarle rápidamente. Habiendo comenzado una vez, no quise dejar transcurrir mucho tiempo sin saber a qué atenerme. Le invité a cenar, como hacen los amantes que tienden una emboscada a sus bienamadas; se negó primeramente, pero, con el tiempo, acabó por ceder. Vino; pero, al terminar la cena quiso retirarse. Una especie de pudor me impidió retenerle. Pero otra vez le tendí una nueva emboscada, y, después de cenar, sostuve la conversación hasta una hora muy avanzada de la noche; y cuando quiso marcharse, le hice quedarse con pretextos de que ya era muy tarde. Se acostó, pues, sobre el lecho en que había cenado; su lecho estaba muy cerca del mío y los dos estábamos solos en la habitación.

"Hasta aquí no hay nada que no pueda contar delante de todo el mundo. Lo que sigue no lo oiríais de mí si el vino, con o sin la niñez, no dijese siempre la verdad, según el proverbio, y sin ocultar un rasgo admirable de Sócrates, después de haber comenzado su elogio, no me pareciera injusto.

"Cuando la lámpara se apagó y los esclavos se hubieron retirado, juzgué que no era preciso emplear rodeos con Sócrates y que



debía decirle francamente mi pensamiento. Le toqué y le dije: "¿Duermes, Sócrates?" "Todavía no", me respondió. "¿Sabes lo que pienso?" "¿Qué?" "Pienso—repliqué—que eres el único amante digno de mí, y me parece que no te atreves a descubrirme tus deseos. De mí sé decirte que no dudaría en complacerte en esta como en todas las ocasiones en que pudiera hacerlo por mí mismo o por mis amigos."

"Después de estas palabras, le creí alcanzado por el dardo que le había lanzado. Sin darle tiempo a replicarme, me levanté, me envolví en este manto que veis, pues era en invierno; me extendí bajo el viejo capote de aquel hombre, y, pasando mi brazo en torno a ese divino y maravilloso personaje, pasé a su lado toda la noche."

Si Platón no hizo más que pasar su brazo en torno del cuerpo de Sócrates, nos parece excesivo su pudor al no ser capaz de confesarlo sino mediante la complicidad del vino. Es extraño que esto que dice Platón con dos copas de más no pudiera haberlo confesado, en aquel tiempo en que se realizaban cosas bastante peores, en estado de absoluta integridad mental.

Esos mismos reparos que opone para sincerarse ante las personas que escuchaban el diálogo evidencian, de una manera incuestionable, que en aquellos tiempos, a pesar de todo, la homosexualidad no podía manifestarse abiertamente, lo que prueba que también había gentes morales que condenaban los usos de los platónicos y socráticos.

A pesar de todas estas restricciones, tan claramente evidenciadas, el vicio griego—estamos hartos de llamarlo "amor"—prosperaba más en virtud de la propaganda que hacían los literatos que por la natural inclinación de quienes lo practicaban; éstos no hacían más que seguir las corrientes de la época, cuya relajación de costumbres florecía como consecuencia de la debilidad de los gobernantes, más dados a la filosofía y a las artes que a la política, en cuyo aspecto no hicieron nada notable ni digno de tomarse como modelo.

Los modernos partidarios de la sexualidad que ensalza la literatura griega copian de aquella época todo lo que había de malo, no ocupándose demasiado de emular cuanto hubo de bueno. Además, aun en el supuesto de que todos los aspectos de aquella civilización fuesen dignos de pasar a la posteridad, resulta absolutamente insensato copiar por entero la expresión social y cultural del pueblo griego, sin detenerse a pensar que la civilización y el desarrollo

de la cultura tienden siempre a eliminar todo cuanto pueda repugnar no digamos ya a la moral ni a las costumbres, sino a los conceptos modernos de la existencia.

Con bastante posterioridad a los griegos, pero siguiendo casi sus mismas rutas—aquí no cabe la originalidad—, se han ocupado de la homosexualidad escritores de tanto prestigio como Rachilde, Jouy, Teófilo Gauthier, Zola, Verlaine, Oscar Wilde, Withmann, Pierre Louis, Dilsner, Botto, Gide, etc., y en España, Hoyos y Vinent, Catá, en su magnífica novela *El ángel de Sodoma;* Retana, en *El octavo pecado capital,* y otros autores que tanto hablaron del tema por afición como por constituir un recurso literario de gran valor en cierta época.

Sinceramente, después de haber leído a los griegos y a los extranjeros citados, nuestros literatos de la homosexualidad no nos han descubierto nada nuevo. Los que lo hicieron para defender intereses espirituales muy íntimos tomaron un punto de vista demasiado objetivo, y los que lo hicieron por necesidades de otro orden enseñan la oreja socrática o wildeniana con tan escasos méritos como prudencia.

Unos cantaron el amor de los hombres y otros el de las mujeres. Entre los primeros, es fácil hallar una identidad estrecha entre la expresión y el pensamiento, y en los segundos se advierte que sus entusiasmos por la homosexualidad femenina parecen ser una muestra auténtica de heterosexualidad, como parece ser el caso de Zola en *Nana.* Este escritor fué el que inició en Francia la literatura de la homosexualidad femenina, siguiéndole Larocque en su obra *Las voluptuosas,* título general de once volúmenes con nombres particulares.

Como ya hemos dicho en otro volumen, fué Safo la lesbiana quien dió el primer paso en este género, que siempre contó con abundantes lectores de los dos sexos. En una de sus odas, como dice Chapotin, "Safo grita con pasión triunfante":

¡Yo te he poseído, oh hija de Kypros!
Pálida, te serví tu voluptuosidad cruel...
¡Yo poseí, a la luz de las antorchas de Hesperos,
tu cuerpo divino e inmortal!

Y mi carne conoció el sol de la tuya.
Yo extinguí la llama, y la sombra y el rocío...
Tu gemido moría como el mar,
lascivo y roto.



Mortal, bebí en la copa de los dioses,
aparté el azul ondulante de tus velos
y mi caricia hizo agonizar tus ojos
sobre tu lecho de estrellas.

Pierre Louis, en sus *Canciones de Bilitis,* estudia con admirable precisión la psicología de las prostitutas que, hartas de la brutalidad de los hombres, a cuya lujuria han de someterse a diario, se buscan unas a otras para dar rienda suelta a sus instintos homosexuales, a su fatiga constante de normalidad sexual. En *La amiga complaciente* se observa que la homosexualidad de una de ellas, de la amante de Likas, es puramente circunstancial:

«La tormenta ha durado toda la noche. Selenis, la de los cabellos rubios como el oro, había venido para hablar de nuestras cuitas, pero se quedó en mi casa para no atravesar el barro que la lluvia formó en las calles. Escuchamos las plegarias, y muy unidas en un fuerte abrazo de cariñosa amistad, hemos llenado mi pequeño lecho.

»Cuando dos jóvenes se acuestan juntas, el sueño no entra en el lecho.

»—¿A quién quieres tú, Bilitis?—me pregunta. Y hace resbalar su pierna entre las mías para acariciarme dulcemente.

»Y ha dicho a continuación: «Ya sé, Bilitis, a quién amas. Cierra los ojos, yo soy Lykas". Yo le respondí tocándola: "¿No ves que eres una muchacha? Bromeas".

»Pero me replicó: «En realidad, yo soy Lykas si cierras los ojos. He aquí sus brazos, he aquí sus manos». Y tiernamente, en el silencio, encanta mi sueño con una ilusión singular.

»Las dos nos hemos deslizado bajo la colcha de lana transparente. Hasta nuestras cabezas se han tapado y la lámpara ilumina la ropa por encima de nosotras.

»Así yo veo su cuerpo querido, en una misteriosa luminosidad. Estamos más juntas una de otra, más libres, más íntimas, más desnudas. «En una misma camisa», dice ella.

»Seguimos peinadas para estar todavía más desnudas, y de la estrechez del lecho ascienden los olores de mujer, salidos de dos pebeteros naturales.

»Nadie, ni siquiera la lámpara nos ve esta noche. Cuál de las dos fué amada, sólo ella y yo podríamos decirlo. Pero los hombres no lo sabrán nunca.»

Pablo Verlaine, en *Paralelamente*, describe las emociones de una homosexual activa :

PRIMAVERA

Tierna, la mujercita blonda
que tal inocencia anima
dice a la rubia chiquilla
estas palabras con voz baja y dulce:
«Savia que sube y flor que crece,
tu infancia es un boscaje.
Deja errar mis dedos entre el musgo
donde el botón de rosa brilla.»
«Déjame, entre la clara hierba,
beber las gotas del rocío,
cuya flor tierna está regada,
a fin de que el placer, querida,
ilumine tu cándida frente
como el azul tímido a la aurora.»

VERANO

Y la chiquilla respondió, desmayada
bajo la abrasadora caricia
de su jadeante compañera:
«¡Yo me muero, oh mi bien amada!
Yo me muero; tu pecho inflamado
y pesado me embriaga y me oprime;
tu dura carne, de donde surge el placer,
está extrañamente perfumada.
Tu carne tiene el encanto sombrío
de las madureces estivales,
tiene en sí el ámbar y la sombra.
Tu voz retumba en los asaltos,
y tu dorada cabellera
huye bruscamente en la noche lenta.»

El mismo autor, cuyo género lésbico fué acogido como una de las más originales innovaciones en la poesía, escribó muchos sonetos dedicados a la mujer y a sus naturales inclinaciones amorosas compatibles, si no con la moral, al menos con el espíritu de la época, ya que la sexualidad francesa empezaba a discurrir por los cauces del malthusianismo, o, por mejor decir, de la contraconcepción. Este poeta cantó también la homosexualidad mascu-



...na, que conocía prácticamente, como ya hemos dicho, lo que ...ueba, hasta cierto punto, su bisexualidad. Pese a la perversi...dad que revelan sus poemas, no falta en ellos un fondo de inge...nidad que se refleja en el alma de sus personajes. En el soneto *Pensionistas* se encuentra una prueba de esa tendencia :

Una tenía quince años, la otra diez y seis;
las dos dormían juntas en una habitación.
En una noche cálida y pesada de septiembre.
Frágiles ojos azules y rojeces de fresa.

Las dos se han quitado, para estar más a gusto,
la fina camisita de perfume de ámbar.
La más joven extiende los brazos y se comba,
y su hermana, las manos en los senos, la besa.

Después cae de rodillas y se torna bravía
y tumultuosa y loca, y su boca
hunde en el oro blondo, entre las sombras grises.

Y la niña, mientras tanto, cuenta
con sus dedos bonitos los valses prometidos.
E ingenua, sonríe inocentemente.

Un poeta chino contemporáneo, que reside en París, ha cantado la homosexualidad de las mujeres de su país en ciertas ciudades influenciadas por la civilización europea, tales como Shangai, Fu-Chow, Cantón, etc., ya que en los puntos más alejados de la civilización occidental la perversión sexual de las mujeres es raramente observada en este sentido.

Su libro *Lotos*, magníficamente ilustrado, contiene las más extrañas imágenes de la inversión, pues describe a los tipos de invertidas activas como dotadas de características anatómicas que sólo caben en la imaginación de un poeta chino, quizá el hombre de más extraordinaria fantasía que existe.

No sólo crea a sus mujeres dotadas con órganos viriles que arrancan de entre los pechos o de la frente, sino que habla de la procreación de seres extraños como producto de estos ayuntamientos. No obstante, hace la aclaración de que

«El tiempo ha segado los tallos
de las flores extrañas de Li-Pé y Ku-Mi,
hijas de dioses y espíritus de loto,
que no tenían alma mortal ni cuerpo palpable,
conservándose puras a semejanza de las flores,
que sólo en la noche y en las sombras se aman,
bebiendo en sus corolas el rocío del sexo,
que anima al amor de un ansia inacabable.»

En su soneto *Despertar* se contienen las imágenes más raras que pueden concebirse, inspiradas en una antigua princesa que

«Nació, como las perlas, en el fondo del mar;
un volcán submarino la comunicó el ardor
de los amores que nunca conocerán los hombres
porque nada hay en ellos de sucio y doloroso.

La princesa Li-Pé se convirtió en sirena
cuando cantaba el mar, y se durmió al arrullo
de las olas, que, dulces, morían como suspiros
en la orilla de un bosque habitado por niñas.

Soñó que bebían ávidamente el licor, que como lluvia brotaba de su roja flor, aromática y dulce como la de la acacia en Primavera.
Las gotas del rocío cayeron sobre todas las mujeres del reino,

envenenándolas de amor y de pasión ardiente; despertó la joven;
todas quisieron que su reina amada dejase que bebieran
el consuelo que brotaba de su sexo, fuente del placer.»

Ilustra el citado soneto con una fotografía de la supuesta princesa, fotografía que, a nuestro juicio, no tiene nada que ver con la mitología china, ya que el poeta no ha tenido la precaución de encargar al fotógrafo que retocase el pie visible hasta darle la deformación característica que hasta hace pocos años constituyó el máximo foco de atracción de la belleza de las mujeres chinas. (Lámina VI.)

Otra poesía del mismo autor, dedicada «*A una joven china*», la traducimos así:



«¿Piensas, oh See-Li, en aquellos amores
que en tu alma encendieron las eternas caricias
de fuego de Ti-Si la hetaira?
¿Piensas, oh See-Li, en sus besos?
El amor estéril que embellece tu vida,
sin romper la línea de tu cuerpo en leche,
como la amarga flor del almendro,
¿no es obra de la diosa del Barrio Florido de Fu-Chow,
la de los duros cabellos,
la de los pies invisibles,
la de los labios gruesos y los dientes de loba?...
Dime, oh See-Li, que me amas un poco,
y luego sabrás
que tengo un secreto para hacerme adorar por las mujeres,
porque sé convertirme en mujer.» (Lámina VII.)

En la antigua literatura india se encuentran muy parecidas excitaciones a la homosexualidad femenina. Muchos escritores indios contemporáneos han seguido las huellas de los erotólogos clásicos de los mejores tiempos. Sus obras, muy interesantes, son casi desconocidas en Europa, a excepción de Inglaterra, donde se han hecho algunas traducciones que el Gobierno no permitió vender públicamente, sino sólo a los bibliófilos y escritores.

El caso más resonante de la propaganda homosexual ha sido, sin duda alguna, el de Oscar Wilde, ya citado; pero después de toda aquella serie de trabajos literarios a que dió lugar el famoso *affaire*, no se ha hecho nada de más audacia que el *Corydon*, de André Gide, el cual pretende elevar la homosexualidad a la categoría suprema del amor natural, hasta el punto de querer demostrar que la heterosexualidad viene a ser algo así como una perversión del impulso sexual. Lo más interesante de la célebre obra, y esto refiriéndonos a la edición española, es... el «Diálogo antisocrático» que a manera de prólogo escribe el ilustre doctor Marañón; lo demás no pasa de ser "un pequeño tratado de propaganda», como dice François Porché, y en muchas parrafadas bastante menos que esto, pues apenas si es posible al lector coordinar debidamente toda una sarta de necedades e inexactitudes, hasta entresacar una idea digna de atención, aunque no sea posible decir que sea original.

Contra esta propaganda descarada de la homosexualidad se levantaron las voces de los sociólogos, de los teólogos, de los mo-

ralistas, de los médicos y también la de los literatos, y, en resumen, la de la sana conciencia popular, que se inspira siempre, pese a las restricciones de toda índole, lo mismo en un sentido que en otro, en las bases más normales de la verdadera moralidad.

Aparte del perjuicio que toda esa literatura—magnífica sin duda—pueda haber irrogado a la causa de la raza y de la moral, hay que reconocer su utilidad, aunque sólo sea en lo que se refiere a las polémicas que ha suscitado, permitiendo a otros escritores rebatir los fundamentos o puntos de vista en que se situaron los defensores de la inversión sexual, que llegan a decir que se trata del desarrollo del «instinto homosexual», y que, como todos los instintos, tiene que ser respetable y ser consideradas como lícitas sus manifestaciones.

Lo de «instinto homosexual» no es más que una frase sin valor científico, porque los instintos son hereditarios y la pederastia no lo es. Y otra prueba de que la homosexualidad no es un instinto está en el hecho de que las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo jamás acaban de llenar las necesidades físicas y psicológicas del amor normal, que no sólo consiste en el amor-amistad o en el amor-espasmo, sino que culminan en la suma perfecta de todo lo que es «naturalmente opuesto» ; es decir, la virilidad del macho y la debilidad de la hembra, la energía de aquél y el desfallecimiento de ésta, su rudeza en contraste con la delicadeza, su afán y su impulso de dominar con el anhelo y la disposición de ser dominada... Y por si esto fuera poco, ¿no dicen nada los hijos?... ¿Y los deberes sociales? ¿Y el desarrollo de la cultura?...

El homosexual, no cabe duda, es casi siempre un ser que intelectualmente destaca del medio social en que vive. Si fuera posible armonizar la homosexualidad con la eugenesia y las leyes de la herencia fuesen infalibles, hasta podríamos pensar en una raza superior a base de homosexuales. Esta quimera ridícula llegó a ocupar la atención de un médico homosexual que terminó sus días en un manicomio.

Como el caso de "Madame X", la homosexualidad es muchas veces más cerebral que sexual, especialmente en las mujeres. Carlos Baudelaire, en sus *Mujeres malditas,* expone la acertada visión de los graves conflictos sentimentales y psicológicos que atormentan a las invertidas, exponiendo los desórdenes de toda índole que más tarde o más temprano acaban por hacer mella en el organismo entero.



## MUJERES MALDITAS

A la claridad pálida de las lámparas moribundas,
entre blandos cojines impregnados de olor,
Hipólita soñaba con las caricias profundas
que levantaron el velo de su tierno pudor.

Buscaba, con los ojos ciegos por la tormenta,
el cielo ya lejano de su ingenuidad,
lo mismo que el viajero que vuelve la cabeza
hacia el claro horizonte que va quedando atrás.

De sus ojos sin luz, las perezosas lágrimas,
el cansancio, el estupor, la triste voluptuosidad,
sus brazos vencidos, tirados como armas vanas,
todo servía y contribuía a su frágil belleza.

Tendida a sus pies, tranquila cual tigresa,
Delfina la observaba con los ojos ardientes,
como un animal fuerte, que vigila su presa,
después de haberle hecho una marca con sus dientes.

Belleza fuerte, de rodillas ante la joven belleza,
soberbia, aspiraba voluptuosamente
el vino de su triunfo y se tendía hacia ella
como para obtener un dulce agradecimiento.

Buscaba en los ojos de su pálida víctima
el mudo cántico que entona el placer,
y esa gratitud infinita, sublime.
que sale de los párpados como un largo suspiro.

«Hipólita querida, ¿qué dices de estas cosas?
¿Comprendes bien ahora por qué no has de ofrecer
el sagrado holocausto de tus primeras rosas
al huracán violento que las pudiera deshacer?

Mis besos son ligeros, lo mismo que las brisas
que acarician por la tarde los lagos transparentes,
y los de tu amante hundirán tus mejillas
como abre la tierra la reja del arado.

Pasarán sobre ti como en loca carrera
de caballos o bueyes de cascos sin piedad...
¡Hipólita, mi vida, vuelve hacia acá tu cara,
mi alma, corazón, mi todo y mi mitad!

¡Vuelve hacia mí tus ojos llenos de azul y estrellas!
¡Por una de tus miradas, bálsamo divino,
levantaré los velos de más oscuros placeres
y te sumergiré de goces en un sueño sin fin!»

Pero Hipólita, entonces, levantando la cabeza:
«Yo no soy una ingrata y aun no me arrepiento,
pero, Delfina, sufro y estoy bastante inquieta,
como después de una nocturna y terrible comida.

Siento sobre mí espantosas tormentas,
y negros batallones de fantasmas confusos
que quieren conducirme por caminos en marcha
que un sangriento horizonte cierra por todas partes.

¿Quizá hemos cometido alguna mala acción?
Explícame, si puedes, mi espanto y mi terror:
me estremezco de miedo cuando me llamas «¡Angel!»
y me siento, no obstante, impulsada hacia ti.

No me mires así, oh tú, mi bien amada,
tú a quien siempre querré, compañera de amor,
aunque fuese una emboscada tendida
y el comienzo de mi perdición.»

Delfina sacudió su trágica melena,
y golpeando fuerte el suelo con el pie,
respondió, con voz despótica y torva la mirada:
«¿Y quién ante el amor habla así del infierno?

¡Maldito sea mil veces el soñador imbécil
que deseó el primero en su estupidez,
apasionándose por un problema irresoluble e inútil,
a las cosas del amor mezclar la honestidad!

¡Aquel que quiso unir, en un místico impulso,
la sombra con la luz, la noche con el día,
y que no calentara su cuerpo paralítico
a ese rojo sol que se llama el amor!



Vete a buscar, si quieres, un estúpido novio;
corre a ofrecer un corazón virgen a sus besos crueles;
y llena de remordimiento y horror, y lívida,
volverás a traerme tu cuerpo destrozado...

¡No se puede contentar más que a un solo amante!»
Pero la niña, presa de un inmenso dolor,
exclamó de repente: «¡Siento abrirse en mi ser
un abismo grandioso; ese abismo es mi alma!

Ardiente como un volcán, profundo como el vacío,
nada llenará este monstruo gimiente
y no refrescará la sed de Euménides,
que, con la tea en la mano, le quema hasta la sangre.

¡Que estas puertas cerradas nos separen del mundo
y que el cansancio nos conduzca al reposo!
¡Quiero deshacerme juntándome a tu cuerpo
y encontrar en tu seno la frescura de las tumbas!

¡Bajad, bajad, víctimas lamentables,
bajad por el camino del infierno eterno!
Hundiros en el abismo en que los crímenes,
flagelados por un viento que no viene del cielo,

hierven confusamente con ruido de tormenta.
¡Sombras locas, corred al fin de vuestros deseos;
nunca satisfaréis vuestra ansia de goces,
y vuestro castigo saldrá de vuestros placeres!

Lejos de las personas vivas, errantes, condenadas,
a través del desierto, corred como unos lobos;
¡cumplid vuestro destino, almas desordenadas,
y huid del infinito que llevais en vosotros!»

No hay, en verdad, una inquietud más honda y que más fuertemente atenace el alma que esa lucha por un ideal cuya existencia sólo puede realizarse de una manera fragmentaria e incompleta.

En la vida real de los homosexuales, sean hombres o mujeres, incluso en el mismo amor griego que no pase de lo que Platón dice en *El banquete*; es decir, de la forma más sutilizada de la homosexualidad, no es cierto que existan esos momentos de subli-

mación continua e inacabable de que hablan los literatos homosexuales o propagandistas de la homosexualidad. Cuando la obra puede interpretarse legítimamente como una autobiografía, lo que dice el escritor, narrándolo con tan bellas imágenes y hermosos colores, no es lo que él siente y goza, sino lo que quisiera sentir y gozar.

Todos los literatos homosexuales, y los que sin ser invertidos eligen el tema de la homosexualidad, son, en su mayoría, verdaderos fracasados. El concepto de Oscar Wilde era sucio, repugnante y antiestético además, aunque para él no pudiese existir nada más bello ni de más fuerte emotividad psicoerótica que prestarse a toda clase de asquerosidades con su degenerado y bello amante. El *Corydon* de Gide, o si se quiere, el Gide de *Corydon*, pretende a los cincuenta y tantos años proseguir la misma vida que llevó en su juventud de turbulencias sexuales y literarias, sin fijarse en que el tiempo pasó y no en vano, dándole paso a otros conceptos y sentimientos menos clásicos y más deportivos, más a tono con la higiene mental y fisiológica que para desenvolverse necesitan las juventudes. Es dicho personaje, pues, otro descentrado: un discípulo de Sócrates, que tuvo la estúpida ocurrencia de nacer en el año de 1870 después de Jesucristo, y que después de ser la concubina de muchos pseudoplatones, acabó por refugiarse en sus recuerdos, de los que vivió como se vive del perfume de un vaso vacío. No obstante, algunas veces se presenta menos homosexual que cínico, pero siempre invertido; de haber nacido mujer, hubiese emulado a Safo; es un caso vulgar de autocontradicción y de negación de la verdad y de la Naturaleza. (Lámina VIII.)

Además, uno de los más graves errores de *Corydon* consiste en recurrir a la ciencia para salir adelante en un caso de desahogo literario. Otros escritores que hablaron de la inversión en novelas, ensayos y poemas, jamás intentaron invadir ese terreno árido y lleno de asperezas en el que no logran mayores éxitos los investigadores profesionales. A pesar de todo, tal sistema hay que considerarlo más natural y humano que el que pretende la exaltada actitud de quienes invocan unas razones espirituales en pro y otras teológicas en contra.

La literatura de la homosexualidad la hicieron los griegos hace ya miles de años, pero, como hemos visto en Platón, no cabe duda que la sinceridad absoluta tampoco era el punto de vista en



que se situaron, por la sencilla razón, como ya hemos dicho, de que ni todos los griegos eran invertidos ni todos los invertidos griegos podrían expresarse en esos aspectos bellos dignos de ser ensalzados hasta la posteridad.

Pero seamos justos. Esto no quiere decir que toda la literatura de la homosexualidad sea convencional y tendente a ocultar aspectos inconfesables, ya que en algunas obras célebres se observa que los personajes, representación legítima de los autores, realizan apasionados derroches de ternura que nada tienen que ver con el deleite específico del sexo. Tal es el caso de Walt Whitman, de quien un autor dice que es muy posible que jamás se percatara de que existiese ninguna relación entre la apasionada emoción producida por el hombre, «según él la sintió y poetizó, y otros actos que el poeta consideraría como un crimen contra la naturaleza».

Un escritor alemán, Welckler, dice que la literatura de las mujeres acerca de la homosexualidad puede ser estimada en muchos casos como exponente sincero de puros sentimientos absolutamente ajenos a toda comunión que no fuese exclusivamente del espíritu, sin que las bajas pasiones perturbasen nunca el equilibrio perfecto entre la mentalidad de las amigas más fieles y el espíritu de la severa moral de la época romántica, que es cuando más firmes florecieron los enamoramientos platónicos entre las mujeres.

Goethe fué un escéptico irreductible en este punto. Respecto de las relaciones platónicas entre hombres que describían los literatos, creía, sí, que «desde el punto de vista estético, es el hombre mucho más hermoso, eminente y perfecto que la mujer; pero este sentimiento, una vez adquirido, conduce fácilmente a lo puramente animal y materialmente grosero». Acerca de la mujer ocurre exactamente lo mismo, y a veces con mucha mayor facilidad que entre hombres, lo que no tiene nada de extraño después de conocer las condiciones particulares de su sexualidad.

Algunas mujeres homosexuales que han escrito sobre este tema sólo han podido hacerlo desde el punto de vista de Platón, durante los períodos de calma sexual; es decir, cuando el excedente erótico era escaso o nulo; en cambio, cuando la ansiedad es fuerte, resulta bastante difícil reprimirse y hundir la pluma en un tintero que no sea el de la más cruda sexualidad. Una escritora

española, que firma con un pseudónimo masculino y que apenas oculta sus inclinaciones, dice que cuando tiene que escribir algo que la satisfaga se ve obligada a separarse por unos días de su amiga más fiel. Este fenómeno podemos considerarlo como un hecho natural relacionado con la abstinencia sexual y la agilidad imaginativa de los artistas, punto analizado en anteriores volúmenes.

Una gran parte de la llamada literatura pornográfica, que cuenta en muchos países con apasiondos lectores, está escrita por mujeres. Estando en el secreto de ciertas interioridades de sus autoras, el hecho se nos ofrece completamnte natural, y tomándose la molestia de sustituir el nombre del protagonista masculino por el pseudónimo, también masculino, de la escritora, se tiene perfectamente aclarada la base psicológica de la narración y hasta la personalidad auténtica de quien escribió el trabajo.

Un novelista italiano ha dicho que una gran parte de la literatura de la homosexualidad es autobiografía más o menos pura, pero autobiografía al fin. En efecto, tal afirmación no deja de ser cierta ; si hay una parte de literatura honrada, es decir, como exponente sincero de una personalidad o de una mentalidad sencillamente, hay otra que es falsa, la más abundante, sin duda, que no se escribe por inversión ni por vicio, sino sólo por oficio... Ahora bien, cuando se reúnen en una misma persona la inversión, la perversión y la profesión, no tiene nada de extraño que ese género produzca la celebridad, la fortuna y hasta el respeto, y, lo que es peor, la emulación más entusiasta. De los clásicos griegos a los tiempos que corren, no ha pasado nada : solamente unos cientos de años.

# INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA ..... 5

LOS EMPERADORES ROMANOS

Las bases fundamentales del amor griego.—Los «nuevos ricos» de la homosexualidad.—La teoria de la belleza del cuerpo masculino.—La actitud de los griegos frente al desnudo femenino.—La protección a la mujer.—El desarrollo del vicio homosexual en Roma. Julio César.—Calígula.—La muerte de Pompeyo.—El mayor monstruo: Nerón.—Su matrimonio con Sporus.—Sus placeres favoritos.—Tito.—Los amores de Adriano y Antinoo.—Heliogábalo ..... 9

LOS GRANDES ARTISTAS DEL RENACIMIENTO

La caída del imperio romano.—La actitud de los filósofos.—Comprensión del cristianismo.—Inversión en la Edad Media.—Persecuciones contra los sodomitas.—El Obispo de Orleáns.—El estudio de la antigüedad.—Influencia de la literatura.—Inversión y epidemia.—Leonardo de Vinci.—Miguel Angel.—Sus amores con Tomaso de Cavalieri.—Los ingleses.—Shakespeare y Byron.—La homosexualidad de Winckelmann.—El «amor viril» de Whitman ..... 23

EL CASO DE OSCAR WILDE

Su repercusión mundial y su influencia en la homosexualidad.—Acentuación de su desarrollo.—Confesión de un escritor homosexual.—Biografía de Oscar Wilde.—Su amistad con Alfredo Douglas.—La atracción recíproca.—Una carta del padre y un telegrama del hijo.—Vista del proceso.—Pruebas abrumadoras. En la cárcel.—Muerte de Wilde.—Las notas de Frank Harris.—La mujer, incompatible con el amor.—La estética.—Homosexualidad y canibalismo ..... 35

EL DRAMATICO AMOR DE LOS HOMOSEXUALES

Antinoo y Adriano y Dufrenne y el marinero.—El crimen por celos de un invertido.—Una carta.—De-

Páginas

claración del criminal.—El asunto Olmstead-Clifford. La historia de Olmstead.—Su confesión.—El reconocimiento de su trastorno.—Explicación del crimen y el suicidio.—La mandíbula inferior de los invertidos. Una reclamación a un director de Correos.—La princesa invertida.—El supuesto suicidio y el homicidio frustrado ..... 45

LA EXTRAÑA PASION DE LA ESCRITORA «MADAME X»

La influencia de la literatura griega.—La primera impresión sexual.—Evolución de la homosexualidad.—Las amistades de los colegios.—Tendencias masculinas.—Iniciación heterosexual.—Aparición del fantasma erótico.—Los períodos menstruales.—El desencanto de Grecia.—La sociedad de «gustos refinados».—La prostituta de El Cairo.—Su vida en París.—La estructura anatómica de una invertida.—Razones de su actividad mental ..... 55

LA HOMOSEXUALIDAD EN LA LITERATURA

La interpretación de Grecia.—«El banquete» de Platón.—Otra disertación sobre el invertido y el pervertido.—Platón, enamorado de Sócrates.—La propaganda literaria.—Falta de originalidad.—Los versos de Safo.—Pierre Louys y Verlaine.—La literatura de la homosexualidad en China.—El «Corydon» de André Gide.—Baudelaire contra la homosexualidad. La pornografía y las mujeres invertidas.—La autobiografía de esos escritores..... 73

# PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
La Gioconda..... 16

LAMINA II
El amor y la música..... 17

LAMINA III
El amor griego ..... 32

LAMINA IV
Evocación de Lesbos..... 33

LAMINA V
Anatomía de una invertida ..... 48

LAMINA VI
Literatura china..... 49

LAMINA VII
Literatura china ..... 64

LAMINA VIII
André Gide..... 65

**En el próximo volumen**

## SADISMO Y MASOQUISMO

El sadomasoquismo en general. — Formas clínicas de la perversión sádica.—Formas clínicas de la perversión masoquista.—Las causas del sadomasoquismo y la flagelación. Casos célebres y curiosos.—El marqués de Sade y Sacher-Masoch.